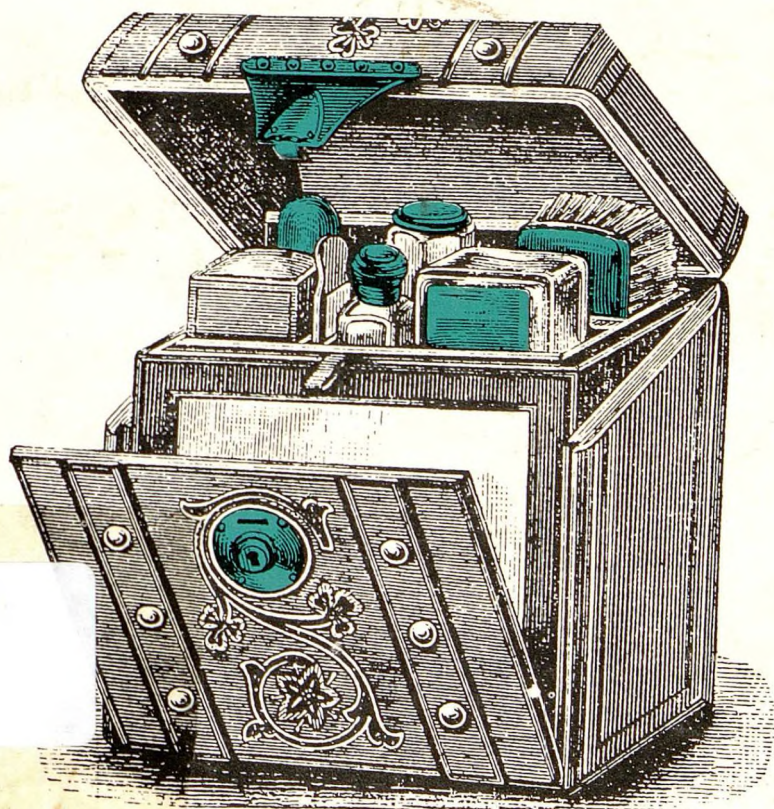


Autores
Tabasqueños
Contemporáneos

9

José Darío Gutiérrez Carrillo

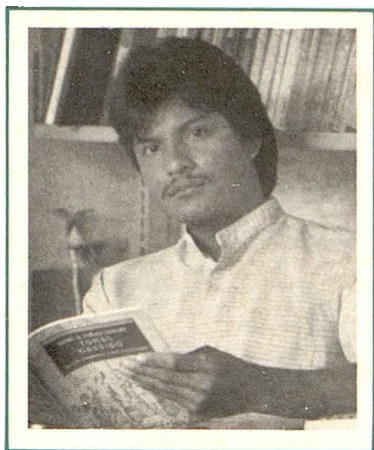
LA CAJA Y OTROS CUENTOS



Gobierno del Estado de Tabasco
Instituto Nacional de Bellas Artes

**Autores
Tabasqueños
Contemporáneos**

J. Darío Gutiérrez Carrillo



José Darío Gutiérrez Carrillo nació en Puerto Sánchez Magallanes, Cárdenas, Tabasco, el 23 de mayo de 1962. Hizo la licenciatura en ciencias de la educación y lenguas extranjeras (inglés e italiano) en la Universidad Juárez Autónoma de Tabasco. En 1982 tomó un curso intensivo de periodismo auspiciado por el Gobierno del Estado. Fue miembro fundador de la Sociedad de Escritores Tabasqueños: *Letras y Voces de Tabasco A.C.* Actualmente asiste al taller literario de la casa-museo Carlos Pellicer Cámara. En 1987 obtuvo el primer lugar en el concurso de cuento Emiliano Zapata 87 y en el Premio Estatal de Cuento, Tabasco 87; convocado por el CREA, Tabasco. Tiene en preparación una novela.

**Autores
Tabasqueños
Contemporáneos**

José Darío Gutiérrez Carrillo

La caja y otros cuentos

**Gobierno del Estado de Tabasco
Villahermosa 1988
Instituto Nacional de Bellas Artes
México 1988**

CATALOGACIÓN EN PUBLICACIÓN

863M
G875
C34

68335
C34
NT 137297

Gutiérrez Carrillo, José Darío

La caja y otros cuentos / José Darío Gutiérrez Carrillo.— Villahermosa, Tab.: Gobierno del Estado de Tabasco, Instituto de Cultura de Tabasco, 1988.

86 p. (Autores Tabasqueños Contemporáneos, 6).

Coedición: INBA. Dirección de Literatura.

1. Cuentos mexicanos.— Tabasco. 2 Autores mexicanos.— Tabasco. I. Ser. II. t.

(Catalogación en publicación: ICT. Dirección de Bibliotecas).

Primera edición, 1988

Derechos reservados
conforme a la Ley © 1988

© Instituto Nacional de Bellas Artes.
Av. Hidalgo Núm. 1,
Delegación Cuauhtémoc 06700,
México, D. F.

©Gobierno del Estado de Tabasco
Instituto de Cultura de Tabasco
Calle Sánchez Magallanes,
Fraccionamiento Portal del Agua,
Lote, 86000
Villahermosa, Tabasco
México

ISBN: 968-29-1902-9
Impreso en México

EL TIBURÓN Y EL PEZ SIERRA

Era un enorme tiburón de casi 10 metros de longitud, el más rapaz pez marino conocido nunca en océanos, mares o golfos, dueño de una poderosa aleta caudal en forma de guadaña que lo había impulsado a conocer las aguas más remotas y desconocidas del planeta, por donde dejaba, a su paso, la huella de su devastadora mandíbula con siete hileras de dientes, tan filosos como hojas de afeitar. El invierno pasado había sostenido su penúltima batalla memorable en aguas del Atlántico cerca de las costas de Norfolk, en Estados Unidos, con un salvaje barracuda que le cercenó algunos kilos de su costado izquierdo, pero que no logró hacerle gran daño en comparación con lo hecho por él, quien se lo tragó de un solo mordisco. De aquella lucha se repuso en tres meses descansando en una pacífica bahía caribeña en donde se alimentaba de mantarrayas y de la carne apetitosa de las tortugas que arribaban a la playa a depositar sus huevos. Durante ese tiempo llegó a conocer tan a fondo la vida de los delfines que, a no ser por el instinto feroz que en las postrimerías de su recuperación volvió a invadirlo, hubiera deseado quedarse a convivir pacíficamente con ellos, pero era menester seguir adelante, fiel al mandato destructor de su naturaleza, y no hubo de pasar mucho tiempo para que sucediera su encuentro final.

Era una fría mañana oceánica. Después de comer algunos peces pequeños, sintió ganas de merodear cerca de una cueva cubierta de corales y algas. Pasó primero a través de ella su puntiaguda trompa y cuando ya tenía mitad del cuerpo dentro, descubrió al enemigo en una esquina de la gruta, poco iluminada por los débiles rayos de sol que penetraban a esa profundidad del lecho oceánico. En esa semioscuridad lo que parecía la sombra de una goleta hundida no había de ser otra cosa que aquel enorme pez espada con quien se enfrentó en una feroz lucha de casi mil

kilómetros de distancia y 72 horas de duración, y que terminaría con la muerte de ambos en una laguna del golfo de México a donde recalaron putrefactos y con media docena de zopilotes encaramados sobre sus cuerpos.

Se miraron fijamente estudiando cada cual sus respectivos terrenos. Él pertenecía a la familia de las tintoreras. El otro, era único en su especie y su filosa espada con púas a ambos lados medía 3 metros de longitud, además de los 8 metros restantes de su cuerpo. Quien atacó primero fue el pez espada. Puso de frente el arma y con la caudal y los pectorales logró el movimiento de la enorme mole de carne. Entonces fue cuando el otro, fijas sus pupilas verdiazules en la zona donde debía atacar, contempló a su enemigo cuan largo y feroz era. En su trayectoria sobre el lomo del tiburón, la espada logró hacerle una hendidura que no tardó en sangrar, aunque quizás su intención habría sido ensartarle el estómago de un sablazo, pero la habilidad del adversario no tan sólo logró esquivar el golpe arqueando el cuerpo, sino que al pasar cerca de él, su poderosa mandíbula se cerró con facilidad en la carne del atacante. Dentro de la cueva sostuvieron tres enfrentamientos más: dos dentelladas de igual magnitud que la primera por parte del escualo, y un segundo sablazo del otro pez a la altura de las branquias. Lo verdaderamente dramático del relato comienza una vez que salieron a combatir a mar abierto.

Al atardecer del segundo día de lucha infatigable, los tripulantes de un barco escamero que pescaban atún fuera de las costas de La Habana, vieron dos bultos enormes emerger de pronto a la superficie rajando agua por los flancos. Para entonces el pez espada llevaba la delantera en el pleito, pues había enganchado al tiburón dos horas antes en las profundidades del mar a la altura de la aleta ventral, y aprovechó la cercanía del barco para mostrarlo, orgulloso, a los ojos de aquellos hombres como si fuera su pieza de cacería, pero poco le duró el gusto porque al saltar a la superficie, en un movimiento brusco de éste, el tiburón logró zafársele y arremetió con dura saña. En el poco tiempo que los hombres duraron contemplando aquella escena que no habría de repetirse jamás, el escualo atacó una y otra vez desprendiéndole a su opositor grandes cantidades

de carne para después volver a sumergirse ambos y continuar su batalla.

En la noche ninguno de los dos hizo siquiera el intento de atacar, y no por miedo puesto que no lo conocían, sino por precaución de no errar ningún golpe, pues a esas alturas un embate fallido podría costarles la existencia a cualquiera de los dos; esta cuidadosa táctica los mantuvo alertas las siguientes horas, mismas que aprovecharían al máximo en reponer fuerzas para la jornada del día siguiente.

Un sol maravilloso asomó su cara aquella mañana sobre la línea arbolada de la costa, gris a la distancia, del cabo Catoche. Podría haber sido un amanecer como cualquier otro en las azules aguas quintanarroenses; al menos así lo fue durante las primeras horas de sol. Las gaviotas y demás aves marinas acudieron puntuales a su cita con el hambre; los alcatraces, señores del cielo oceánico y excelentes pescadores, volaban en las alturas describiendo piruetas ayudadas por las corrientes de aire. Los pelícanos y las escuálidas gaviotas, en cambio, trabajaban ya en la superficie sobre un cardumen de bonitos que surgió de repente alterando la quietud del agua. Soplabla una suave brisa del noreste y en el horizonte no se veía ninguna embarcación, como hubiera sido de esperarse en un día con ese excelente tiempo; ni siquiera los barcos huachinangueros aparecían en la distancia, que era la zona exacta donde pescaban. Todo estaba, pues, tranquilo, cuando una mandíbula surgió repentinamente dentro de la mancha de peces y se cerró en falso con un chasquido de dientes. Bien claro pudo apreciarse en aquellas fauces la falta de varias piezas dentales en la primera hilera, algunas de las cuales volaron en astillas en el momento preciso de cerrarse. Tenía la cabeza surcada de heridas sangrantes y todo parecía indicar que no era una tintorera a juzgar por la apariencia de su cuerpo. Pero era ella: la titánica depredadora de muchos mares, triste y mortalmente lastimada.

Aquellos ojos redondos ya no mostraban el brillo de lucidez y ferocidad que en otros tiempos había hecho temblar a miles de peces pequeños y grandes. Eran éstas unas pupilas melancólicas que habían perdido lo azulado del color original y, a decir verdad, daba lástima mirarlas de fren-

te. Con medio cuerpo sobre el agua la tintorera comenzó a nadar de lado, sin trayectoria fija, como si le faltara una aleta pectoral. Acto seguido hizo su aparición, sobre el escarceo de espuma, el otro contrincante: ¡Habríase visto jamás animal tan incompleto para estar aún vivo! La línea lateral izquierda era la parte más dañada del pez, a lo largo de ella podían apreciarse los desgarrones hechos por las dentelladas. Como es sabido, la parte menos triste del pez era la derecha, y aun así no podían verse con indiferencia las tiras de carne que le guindaban como orejeras. Ambos colosos protagonizaban, por demás, una conmovedora escena, y sólo las rémoras adheridas a sus vientres parecían no darse cuenta de ello. Suspendieron su lucha a falta de energías y fueron a morir a las tranquilas aguas de una laguna.

Don Leodegario Gutiérrez y su hijo José, un escuálido chico que ayudaba a su padre en el sustento de la casa, habían salido por la mañana a la laguna con su cayuco y los aparejos de pesca menor, consistentes en una atarraya vieja pero en buenas condiciones, un pedazo de red de 15 brazas y un arpón hecho con la propela de un motor fuera de borda. La costumbre de levantarse muy temprano a sus labores le había ganado al viejo, en el puerto, el apodo de “el gallo” y de ahí que toda su descendencia perpetuara el sobrenombre, aunque algunos amanecieran con el sol bien alto. Tal era el caso de Rosario, hermano segundo de José, que entre sus mentiras para eludir el trabajo habían cobrado fama las enfermedades que iban desde un simple resfrío, con el que evadía hacer las compras, hasta el tétano y los padecimientos gastrointestinales. Pero la víspera, Rosario no mentía cuando la madre lo mandó a la tienda de la esquina por el pan y el café para la cena y el chico le respondió que le dolía mucho la pierna.

—Deja de hacerte el tonto y ve a comprar— le dijo la madre.

—De veras, me duele bastante la rodilla— contestó el muchacho.

Don Leodegario cogió la pita de la atarraya y le dio dos cintarazos e iba a alzar nuevamente su instrumento de castigo cuando descubrió las manchas de sangre en el pantalón de Rosario, a la altura de la rodilla derecha.

—¿Qué te ha sucedido?— preguntó.

—Nada —dijo el chico asusto.

—¿Y esa sangre?— intervino la madre.

—Me caí sobre el filo de una lata jugando con los chamacos —respondió finalmente.

Rosario tenía una herida de veinte centímetros entre la rótula y el peroné y era preciso llevarlo de inmediato al médico, pero con qué dinero si a duras penas tenían para el desayuno del día siguiente.

El doctor Lizárraga Alpuche despachaba una receta en su botica cuando vio llegar al viejo y a José cargando a cuestas al herido.

—¿Qué pasa?— preguntó a don Leodegario.

—Por favor doctor, atiéndalo que parece estar muy mal.

El especialista midió la hendidura a lo ancho y a lo largo con una regla metálica y sacó de su bata un cuadernillo y un lápiz e hizo en él algunas restas y multiplicaciones.

—¿Traen dinero?— preguntó al viejo.

—La mera verdad no. Pero podría pagarle mañana por la tarde, del producto de la pesca doctorcito —suplicó el viejo.

—Pero traes una medalla de oro al cuello, Leode —le dijo el galeno— que además de estorbarte en tu tarea de la pesca se te puede extraviar en el agua.

—Es la virgencita que me ayuda doctorcito. Por favor déjemela que yo le traigo el dinero mañana por la tarde, de eso puede usted estar seguro —y se santiguó humildemente. El hombre aceptó la proposición y se dispuso a trabajar.

Habían pasado la mañana sin capturar un solo pez de los que se cotizaban a buen precio. Triste, el viejo miraba al chico lanzar desesperadamente la atarraya en frustrados esfuerzos por sacar robalos o pámpanos. A la hora del almuerzo ninguno de los dos quiso comer. Se miraron de frente con una tácita expresión de melancolía, uno desde la popa y el otro desde la proa; en ese instante algo duro, como si fuera un tronco de árbol, chocó contra el costado del cayuco: eran las dos enormes moles de carne, el tiburón y el pez espada que recalaban de alta mar con la corriente del noreste. A veces chocaban entre sí por la invisible

fuerza del agua, e incluso podría llegar a pensarse en una lucha verdadera entre éstos a no ser porque estaban bien muertos y en claro estado de putrefacción.

El viejo juzgó que no podía hacerse otra cosa más que cortar las cabezas de los animales y aprovecharles la mandíbula y la espada para adorno de la sala.

En el trayecto de regreso a su hogar, al muchacho se le ocurrió que podían vendérselas al señor Fermín Mada-riaga, un biólogo apasionado por la colección de piezas raras, y, con un poco de suerte, obtener algún provecho económico de ellas; además, el chico juraba que ni siquiera en revistas de fauna marítima había conocido animales de esa talla. Don Leodegario, incrédulo, con el pensamiento puesto en el dinero que debía pagar al doctor tomó al chico por fantasioso pero de todas formas lo dejó limpiar la mandíbula y pulir las púas del pez espada.

Poco faltaba ya para entrar la noche. Don Leodegario volvía a su casa después de entrevistarse con algunos amigos a quienes visitó con la intención de un préstamo de dinero a corto plazo; —para nada más que cambie la marea— les decía, cuando al atravesar el umbral de la amplia puerta de la sala se encontró con una nutrida reunión en la mesa del comedor. José lo saludó con un fajo de billetes en la mano y le contó la historia: éste había ofrecido en venta las piezas a unos turistas que se encontraban en el muelle tomándole fotografías a un barco hundido.

Aturdido por la sorpresa de aquel negocio inverosímil, José sólo recuerda las expresiones de admiración en aquella pareja de extranjeros:

— ¡Madre mía, y son verdaderas!

FATAL RETRASO

Después de la ajetreada noche del miércoles, dura y pesada como caparazón de cucaracha marina, la refrescante mañana del jueves que le siguió apareció por fin cubriendo con sus sábanas de ruidos multitudinarios —de maderos golpeados por olas tempraneras, de suspiros a destiempo en una cama prestada—, el ámbito del pueblo. Era un puerto de abrigo construido ex profeso para los barcos urgentes que, en franca huida de alguna tormenta juguetona del golfo, se refugiaban en él. En épocas de buen tiempo, de calor aplastante y con los vientos del Sur que ponían el mar como un plato, muchos marineros incluían en su itinerario un improvisado arribo a los muelles para tomar cerveza o matar el tedio escuchando la música tropical eructada por las rockolas eléctricas en los bares del puerto.

Como de costumbre, los gallos cantaron en la madrugada pero en vano se desgañitaron porque no consiguieron despertar a nadie. Hasta los perros, en plena hermandad con los gatos, ayudaron a darle un aspecto de visión fantasmal al pueblo haciendo de las suyas en las casas solariegas. La razón: nadie se acostaba aún. Desde temprana la noche la gente del puerto estuvo en casa de don Abundio Pérez, acompañando al difunto y a la pobre viuda que trataba en vano de encontrar en ella, dentro del desorden de su cerebro, el ánimo para acostumbrarse a su nueva condición de viuda reciente.

Esto que les cuento sucedió anoche, ahora es muy temprano, casi amanece ya. Desde mi cuarto escucho claramente los primeros pasos de esa interminable caminata de mamá que se prepara a triturar, en el molino de su rutina, los quehaceres del día. La escucho trajinar, de aquí para allá, de allá para acá, arrastrando las viejas pantuflas de espuma multicolor que Carlos le compró en la feria. Lo primero que hace es abrir las ventanas y puertas de par en

par, con lo que la casa entera se llena de aire nuevo y matinal. A mí me fascina escucharla tararear su cancioncita, esa de “Juanita Banana”, mientras está en el caidizo quitándole a las jaulas de los pericos la manta con que los cubre todas las noches —“así no miran las travesuras de los fantasmas chocarreros que salen de noche a hacer de las suyas mientras dormimos”— dice ella, mi madre, quien entiende el lenguaje de los pájaros y ha elaborado un código de sonidos que le permite entablar con ellos un diálogo más ameno que el de los feligreses y menos artificioso que el de los políticos.

Laaa, lara la la la la, laa lara la la la la, Juanita Bananaaaa —escucho—. Ahora que la siento tan cerca de mi cuarto, pienso “quizás está levantando a los chamacos para mandarlos a la misa especial de hoy a las seis, por el descanso eterno del alma de don Abundio”. Al tiempo que pienso esto, yo también he abierto la ventana del cuarto y tengo apoyados los codos en el cabezal de la cama. Afuera luce un horizonte entre gris y azul, más azul todavía sobre el mar ya calmo; giro un poco la vista hacia los patios de los vecinos y veo las pencas quietas de los cocoteros: el viento huracanado que sopló anoche con tanta saña dejó de castigarlas con sus multitudinarios tentáculos y ahora reposan tranquilas, casi estáticas, cual masoquistas empeñadas en ocultar la fuerza natural que las hirió anoche.

En el mar sólo ha quedado el murmullo de aguas reposando, y hasta podría escucharse el parloteo de los delfines deslenguados. Pienso también en la abuela enferma y entonces caigo en la cuenta de que este nuevo ruido marítimo, tan diferente al de ayer, ya no le taladrará más sus oídos. En verdad el mar tiene esta mañana otro aspecto, semeja la quieta apariencia de fiera satisfecha; es como si hubiese, a propósito, mudado sus aguas por otras más tranquilas y regalado las suyas a un mar lejano. Ya no es el mismo monstruo enfurecido de hace algunas horas, aporreadas sus aguas por ese verdugo natural que es el viento; conforme transcurren los minutos se asemeja más a un gigante en reposo quien, bocarriba sobre su catre tridimensional, duerme la siesta bajo la sombra apacible de eucaliptos siderales.

Del huracán sólo quedó este vientecillo fresco que anima las ramazones de las bugambilias encaramadas sobre los cercos de palma, trayéndome, nítido, el repiqueteo incesante de las campanas de la iglesia: Siento cómo laceran las campanas las costillas al aire matutino con ese sonido agudo y filoso. Anuncian la misa imprevista de don Abundio; al escucharlas me pregunto ¿las seis? —ahora me mezcó en la hamaca colgada de las paredes del cuarto—, el barullo metálico del reloj de pared en la habitación contigua, aclara mi duda al dar la hora exacta: tac, tac, tac, tac, tac, tac. Las seis. El sobresalto acude a mi cerebro y de un brinco de boxeador aficionado me pongo en pie y busco la ropa planchada en los cajones del ropero; no descuelgo la hamaca de los ganchos, sino que la atiborro con la ropa sucia que saco de debajo de la cama al buscar los calcetines.

En la habitación donde sonó el reloj vive la abuela inválida, encerrada a propósito por ella misma. Desde que atranca la puerta y pasa el cerrojo no hay más noción de su existencia que los esporádicos repiqueteos de ese maldito devorador del tiempo, ese tac tac circular que rige mi vida y se ha convertido en mi peor enemigo, pues nunca llego a tiempo a ningún sitio, ni siquiera al baño porque me cago en los pantalones antes de encontrar la puerta. La abuela y yo estamos identificados y unidos por algo más que la sangre. Me da tristeza verla encerrada como perro rabioso. Allí, en la inmensa cantera de su soledad muele desde hace años la dura piedra de su existencia, aislada completamente de cuanto pueda suceder fuera de esas cuatro mugrientas paredes del cuarto. Es una habitación amplia que papá hizo construir en la casa con el espacio justo donde ella pudiera moverse sin obstáculos cuando la trasladáramos del caserón viejo del que nos mudamos hace tres años. En aquel lugar vivimos los días más felices, envueltos en las fantasiosas historias del abuelo Gallo. Sus narraciones, contadas con tal realismo, nos trasladaban por espacios abiertos a lo absurdo. Carlos y yo vimos, en una ocasión, cuando andábamos por el arroyo de pinzón, a uno de sus personajes: era un unicornio de blanca cerda y poseía el cuerno más hermoso visto a cuadrúpedo alguno; estaba a la

orilla del lago bebiendo el agua dulzona, de tal manera que la trompa le ganó un metro a la superficie e iluminó el fondo del arroyo. Por la noche le contamos lo sucedido al abuelo, y su respuesta nos dejó más estupefactos que la visión de ese animal prodigioso: “pobres niños afortunados. Cuarenta criaturas iguales o más bellas que esa verán en su vida, pero nada más. Después serán como yo, un viejo que aparece de pronto en una familia numerosa de un pueblo cualquiera y se convierte en la epidermis de los niños que lo buscarán para escuchar sus historias con la misma intensidad con que la mariposa busca la flor. Eso nos dijo el abuelo Gallo y quedamos más confundidos aún.

Hace un año aquí mismo en el puerto, horas antes de que una turba desaforada irrumpiera en el patio de la casona donde vivíamos, los árboles se inundaron de aves exóticas cuyo plumaje cambiaba de colores conforme la agonizante luz del sol desaparecía en el cielo. Llegaron en bandadas intermitentes por espacio de una hora. Primero los loritos arco iris saturando la copa de los mangos, seguidos de una amplia variedad de aves del paraíso, aves cantoras, faisanes y pavorreales de pechugones verdemetálicos. En primera fila, los pájaros de plumaje vistoso extendieron sus alas punta con punta y un hermoso fondo musical que poco a poco subía de tono brotó de aquellas que las antecedían. Tres noches antes de su desaparición el abuelo nos contó algunos detalles de cómo iba a dejar este mundo donde estaba de paso. Habló de pájaros y ruidos en el cielo pero nunca lo esperamos que fuese con tal intensidad, de manera que ese día, espantados por la inusitada aparición de animales que jamás habíamos visto sino en las litografías que Yanuario se robaba de algún sitio, nos encerramos en la casa. A través de las rendijas descubrí la procesión de gente que se acercaba a la casa. Traían garrotes de mangle verde, enormes caracoles puntiagudos y arpones tortugueros que blandían en franca euforia mientras vociferaban el nombre del abuelo: ¡Gallo cabrón! ¡Viejo hijoeputa! ¡Sal que te vamos a dar en la madre! Cosas así gritaban conforme se acercaban y habrían llegado quizás a tres pasos de distancia de la cerca, cuando descubrieron aquella barrera multicolor rodear la casa. Absortos,

cual si lo que vieran fuera el mismo diablo; quedaron en silencio y paralizados; era como si se observara, a lo lejos, la placa tomada por una cámara inmensa y oportuna. Al silencio de la muchedumbre que calló de pronto como si alguien, aburrido, quitara con una total indiferencia la aguja del tocadiscos y parara la música estridente, siguió el canto de los pájaros en notable *crescendo*.

En el pueblo había corrido el estúpido rumor de que el abuelo era un brujo que se alimentaba con la presencia de los niños, a quienes primero atraía con historias deshilachadas de aventuras sin fin y luego los dejaba "secos", como se dice en el argot de los curanderos, mercanchifes y asociados, y quienes tienen la fortuna de vivir en la tierra, aunque sea por efímeros segundos, una visión celestial. La verdad es que hasta entonces caí en la cuenta del poder de atracción que el abuelo ejercía sobre los niños del puerto. Envuelto en el ímpetu de la infancia no me dí cuenta de ello y simplemente me revolví entre los chiquillos a escuchar esas bellas historias. Los niños que iban a la escuela dejaron de ir y los del mandado se comían el pan y la leche se les agriaba boquiabiertos en el patio de ochocientos metros cuadrados que tenía la casa. Fue el temor de los padres al ver el cariño que sus hijos sentían por un humilde y harapiento viejo que no cometió otro delito que el de abrirles a los niños de ese pueblo cerrado a la civilización, un mundo tan fantástico que ni ellos mismos conocieron jamás, lo que los hizo levantarse en armas contra mi abuelo.

Ja Ja Ja Ja Ja Ja, yo que conocía el secreto del viejo porque me lo relató la víspera, me moría de la risa al ver esos rostros asombrados aquella tarde memorable. El canto de los pájaros subió de intensidad y cuando el cielo se rasgó con un trueno seco, que sale el abuelo por la puerta del caidizo y se planta a la mitad del patio alzando los brazos y sin dejar de mirar a la gente. En ese momento el haz fulgoroso de un rayo brilló iluminándolo todo. La gente se tapó la cara para no encegecerse y cuando abrieron los ojos para seguir viendo aquello, el abuelo había desaparecido en medio del asombro. Nunca más se volvió a saber de él en el puerto y los niños y yo lo extrañamos mucho.

Incontables recuerdos tengo yo del viejo caserón. Allí vivieron también mis bisabuelos, mis tatarabuelos, y toda una maraña de generaciones remotas conviviendo armoniosamente. Conforme transcurría el tiempo y cambiaba el estilo de las casas coloniales al de las nuevas construcciones modernas la casa se fue haciendo más anticuada e inhóspita. Era una casona pintada de verde claro, del color de los vastos sembradíos de plátano que se extendían a su alrededor; tenía herrería de estilo colonial en las ventanas y corredores y un amplio secadero en el traspatio en donde lo mismo secábamos el charal y el camarón o tendíamos la copra verde.

Mi padre, que sintió mucho la venta de ese caserón, quiso traer a la casa nueva algún recuerdo de ella y por eso mandó construir el cuarto tan amplio de la abuela. ¡Ah!, esta abuela flaca y triste que yo veo de vez en vez en la sala donde la colocan mientras hacen la limpieza de su cuarto, tan distinta a la radiante de alegría que perdura en mi recuerdo. Desde que nos mudamos ha perdido casi el apetito y a duras penas come lo necesario para que en su organismo no se le oxide el complicado mecanismo de la digestión por falta de uso; sin embargo, espera la muerte con un inusitado afán de perro hambriento.

Desde hace tres meses para acá que le ha dado por golpear la cabeza contra las paredes del cuarto. Sonia, mi hermana menor y la única persona con quien se ha encariñado en la casa y le permite visitarla, indagó el motivo: "es para que se me destapen los oídos, hijita", le dijo. Anoche la abuela no pudo dormir. En casa nos quedamos, aparte de ella, mi hermano Timoteo y yo porque mamá nos purgó la mañana anterior y aún no se nos había quitado la diarrea. A eso de las diez algo sumamente extraño debía estarle sucediendo a la abuela, pues en lugar del acostumbrado golpeteo de su cabeza contra las paredes del cuarto escuchamos, en cambio, unos gritos desgarradores con los que nos pedía bolitas de algodón para taponarse los oídos. Ya para eso de las once, el ventarrón había alcanzado una tremenda fuerza que los aullidos de la abuela aumentaron de ímpetu.

Timoteo tuvo que ir por Sonia hasta donde velaban al

difunto. Lo mandé en la bicicleta para traerla más aprisa y le previne con algunas mentiras por si mis padres le preguntaban algo en caso de que lo vieran buscando a Sonia. Papá y mamá ya no confían en nosotros, sobre todo en Timo que a juicio de ellos es el chamaco más mentiroso del puerto, pero en realidad yo soy quien le transmite las mentiras y él sólo las repite como un loro. Cuando regresaron, entre los tres tuvimos que derribar la puerta porque en lo alocado de la carrera, la niña había perdido la llavecita de la cerradura. Al quedar la puerta franqueada, Sonia encontró a una abuela exhausta, jadeante como un perro rabioso. Timo y yo, desde el sitio furtivo en que nos acomodamos, vimos que no era la misma abuela del cuadro colgado en la sala, en la misma pared donde mi madre había puesto hace poco la litografía del señor Obispo. Tenía la frente más rugosa, apretada entre los medallones lisos de sus sienes, el pelo en desorden y ese espumarajo de cerveza surgiendo a borbotones por la boca y la nariz. “Es diferente a la del cuadro”, me dijo Timoteo al encontrarse de pronto nuestras miradas en medio del asombro.

Al salir Sonia del cuarto nos dijo que el ruido del mar, los lamentos de los náufragos pidiendo una misa por sus almas en pena, que escuchaba bien claro, y el silbido de culebra que emitían las sirenas decrépitas no dejaban dormir a la abuela. “Será mejor dejarla sola” —dijo Sonia.— Pero la muerte no le llegaba aún: Anoche arremetió con su guadaña cerca de la casa llevándose a don Abundio, el hombre más querido en el puerto.

En el horizonte nuevo y medio despejado de esta mañana, el sol, que ha dormido ya lo necesario, no tardará en asomar su cara aburrida al día inminente; es lo que esperan los girasoles para comenzar a girar sobre su eje oxidado, si no les obstaculiza su trayectoria algún nubarrón como ese que pasa ahora sobre la casa de Juan.

Juan es mi compañero de clases. En la escuela cursamos el segundo año de secundaria. Él y yo debíamos ir esta mañana, como acordamos el domingo pasado en la misa normal, a pescar al arroyo de Pinzón. Pero este suceso inesperado que nos hace ir hoy jueves a misa ha desquebrajado nuestro propósito de divertirnos en grande. Si no fue-

ra por eso, ya estaríamos quizás en el arroyo chapoteando el agua fresca o aventándonos bolas de lodo sobre el vientre desnudo. A mí me gusta retearto verle la panza a Juan, es suave y blanca como la vejiga de las truchas.

La situación fue que don Abundio murió anoche. La gente adulta que acompañó a la viuda Tomasa dijo, sin convicción, que la ventolera había venido por él. Esto me lo dijo Sonia que no tenía por qué saberlo, pero como siempre anda metiendo las orejas donde no la llaman, logró escuchar la conversación de los viejos y me la hizo saber completa, sin omitir una sola palabra porque hasta para eso de la memoria no hay quien le aventaje, con decirles que fue la primera en aprenderse el catecismo completo y varios cánticos el primer día de pláticas para niños de primera comunión en la iglesia. Yo quiero mucho a Sonia y la beso en la frente cuando duerme con su muñeca de trapo. Ella me ha sorprendido ya varias veces comiéndome los malvaviscos de la alacena, pero sabe callar en el momento oportuno en que mamá pregunta enojada con esa frasecita tan trillada: “haber quién es el hambriento que no ha comido aún”. Por eso y otras cosas quiero bastante a Sonia y siento mucho haberla regañado al decirme eso que dijeron los viejos sobre la muerte de don Abundio.— Cómo puedes tú creer, niña tonta —le dije— que a don Abundio se lo haya llevado el viento si ha muerto de muerte natural, como se dan el lujo de fallecer los hombres viejos que han sido buenos en su vida. Y ella me dejó de a tres al contestarme: “y lo más sorprendente no radica en su inastillable longevidad de cocodrilo arcaico, sino en la ferocidad con que defienden la vida aferrándose a sus faldas para seguir haciendo el bien”. Desde entonces nunca más volví yo a regañar a Choni, ni a creerla una niña tonta; la verdad es que se iba ya transformando prematuramente en mujer, y, lo más increíble de todo, en mujer de letras.

Don Abundio era un hombre muy bondadoso. Solía vivir ayudando al prójimo y no pensaba dos veces quitarse el pan de la boca y ofrecérselo a cualquier mendigo que tocara a sus puertas. Al respecto quiero decir que muchos alcohólicos se valieron de esta cualidad del viejo para azuzarle la paciencia con las múltiples visitas que le hacían argu-

mentando una hambruna perenne, de nunca acabar. Por las mañanas, antes del amanecer, el corredor de la casa se le llenaba de esos harapos humanos que tenían la misma hinchazón y el gesto de angustia de los ahogados recientes. Tomasa, su mujer y ahora viuda de Pérez, los corría a escobazos amenazándolos con echarles agua hirviendo.

Eso era don Abundio, un hombre “chévere” en pocas palabras. Pero al fin y al cabo mortal, condenado también a pudrirse en su propia materia, a transformarse en residuo orgánico, abono del suelo. Fue uno de los pocos mortales a los que en la tierra el destino les concede el privilegio de ser contados con los dedos de la mano, mientras que en el cielo, donde día y noche trabaja la Divina Providencia equilibrando el mundo, son codiciados para engrosar las filas de ángeles siderales que luchan contra el mal.

Mientras me pongo la camisa nueva que saqué de la caja de cartón donde la puso Sonia y que debería estrenar el próximo domingo en la misa normal, la frescura de la nueva mañana me hace recordar a don Abundio en la sala de mi casa, meciendo sus huesos en el sillón de mimbre que papá compró ex profeso para sus visitas. Lo recuerdo completo, de cuerpo entero soportando esa enorme barriga de hombre adulto. Dos veces por semana visitaba nuestra casa, solía entrar y salir por el jardín donde absorbía el aroma de las gardenias y el albahaca, desplazándose dificultosamente como un sahuyán y darnos la sorpresa, mas ya nosotros sabíamos su truco y lo esperábamos con un buen desayuno o algún pescado frito para la cena, si es que aparecía de noche. Lo miraba entrar empujando suavemente la puertecita del caidizo y al cabo de un rato, lo que se creía sería una visita común de la gente apresurada del litoral, tomaba el matiz de un cuchicheo inacabable que se prolongaba hasta bien entrada la noche, e incluso la madrugada. Hablaban sin parar conforme desenredaban las hilachas de sus pensamientos con reminiscencias de la guerra.

De no haber sido porque la noticia nos llegó anoche clara y escueta: “alístense que don Abundio acaba de morir” yo estaría poniéndome ahora, en lugar de este pantalón nuevo, mis pantaloncitos cortos y unos tenis para irme al arroyo. Sin embargo, debo ir a la iglesia a despedir a

ese hombre que fue un gran amigo mío. Juan ya ha de estar enterado de la noticia y pensará lo mismo que yo; su familia fue también muy amiga del difunto, por eso Juan irá a la misa aunque viva en las afueras del pueblo.

Cuando mi madre toca a la puerta ya casi he terminado de vestirme, sólo me falta amarrar los cordones de mis zapatos de charol negro. Siento un silencio profundo en el resto de la casa. Hace ya algunos minutos que la misa debió empezar y este pensamiento de estar retrasado me aflige. Antes de cerrar la ventana vuelvo a contemplar la inmensa bóveda azul del cielo despejado, y veo que las nubes sobre la casa de Juan han desaparecido pues un avión a chorros las espantó con su cagadita sideral. Por fin ha salido el sol y los girasoles tendrán un recorrido limpio.

Efectivamente, al salir del cuarto, después de batallar con el nudo de los cordones, noto la casa desierta, menos la estancia donde reposa la abuela que seguramente dormirá ahora que ha cesado el viento. Ya no se escuchan sus lamentos ni pide bolas de algodón para taponarse los oídos, pero este silencio que quedó en su lugar parece que ha absorbido toda manifestación de vida y hasta me hace dudar que existo dentro de la casa. Es terrible esta angustia del retraso, esta discrepancia entre la velocidad del pensamiento y el peso de plomo de mis pies que parecen fundidos al piso de cemento, este querer y no poder que nunca se ha puesto de mi parte. Sufro la certidumbre de ser un objeto más en la casa, tan inanimado de cuantos hay aquí, como la mesa, los muebles, como esos ojos apacibles de la abuela del cuadro.

Mientras atravieso el pequeño espacio de la sala en dirección a la puerta que da a la calle, compruebo que la casa está solitaria —no cuento con la presencia de la abuela porque es como si estuviera muerta; duerme tan sin ánimo después de un acceso de ira que no da el menor indicio de existir—, conservaba aún la esperanza de que antes de llegar a esa puerta encontraría detrás del macetero a Lucas, nuestro gato, pero era una ilusión hueca y sin soportes, alimentada sólo de la angustia que se siente estar con retraso en un acontecimiento tan importante. Ya de frente a la puerta, con la mano sobre el picaporte dorado, pienso que

todo esto se acabará pronto, que esta angustia saldrá de mi interior y del de la casa para esparcirse en el vasto espacio de la tierra, que bastaría con abrir las hojas de madera para encontrarme algún apresurado rostro humano deslizarse por estas arterias polvorosas. Entonces ya no me importaría ni Lucas, ni los ojos de la abuela, y mucho menos los loros en el caidizo que hoy de seguro amanecieron trasnochados y no han de haber sentido cuando mamá les quitó a las jaulas las lonas azules. Nada me importará, repito, de cuanto haya en la casa porque a pesar de ser todo inanimado, me lastima este estatismo terrible, este mundo sin vida de las cosas quietas. Me importaría tan sólo llegar lo más aprisa posible a la iglesia y solidarizarme con toda esa gente atenta a la misa. Pero aún estoy dentro de la casa, con la mano derecha presionando el picaporte que está pegado a mis dedos y es parte de mi cuerpo, una prolongación dérmica. Siento a través de las ranuras de la puerta un murmullo exterior lejano como de voces adultas discutiendo algún asunto de la vida cotidiana, pero distante, en otra dimensión.

Al fin franqueo el obstáculo de la puerta cerrada y al asomar la cara recibo un golpe en el pómulo y otro más se estrella en mi frente; el tercero pasa rozándome ligeramente la nariz y me hace mirar hacia el suelo a donde éste va a parar, allí veo, desparramado y aforme, un pequeño charco de agua: gruesas gotas de rocío me han golpeado el rostro. Con el primer paso —ya la puerta está cerrada tras mis espaldas— levanto la cara, pero grande es en verdad mi sorpresa al ver la calle desierta y los árboles polvorientos ladearlas a cada cuadra. Ahora es más grande esta nueva angustia que comienza a lacerarme otra vez el corazón y aumenta conforme mis ojos acaparan más objetos. Todo parece despoblado acá afuera, abandonado por completo al monstruo del silencio. De súbito pienso en mi madre; de seguro estará buscándome en la iglesia dentro del vendaval de gente —estirando el cuello por encima de las cabezas incautas de los que escuchan atentos—, preguntándole a Sonia si no me fui con ella y regresando sobre sus pasos para jalarme las orejas. No. Todo menos que me sigan estirando las guarachas, hasta parezco liebre asustada. Y toda la culpa es de esta maldita calle desierta, sin algo humano

donde descansar la vista; ni siquiera el pordiosero ciego de la esquina del parque que todas las mañanas espera la caridad humana cantando, con ese su viejo violín de pino, canciones de consuelo a viandantes apresurados. Sólo yo estoy aquí, con estos pies de elefante marchito queriendo caminar más aprisa y sin poder porque este pantalón nuevo me aprieta demasiado, además los nudos de los cordones de los zapatos se han desatado. Si tuviera los tenis blancos ya estaría en la misa cantando a coro con los demás el Ave María o recogiendo la limosna en la palangana; esto no lo permitiría mi madre aunque no tan sólo debería llevar los tenis, sino también los pantalones cortos pero no está bien visto en la iglesia: a la casa de Dios no se puede llegar con indumentaria semejante, sería como ir a pescar sin redes a un mar que no por pródigo los peces caerían solos en la barca. Esta callejuela no se hará más corta con el ansia de llegar, al contrario, yo noto que esta calle parece alargarse cual si estuviera caminando en sentido contrario al del mar y no donde reposan inmóviles las torres gemelas de la parroquia de Santa Anna, presumiendo, arrogantes, el diseño del arquitecto que las concibió una noche en su sueño aletargado. De súbito, un perro atraviesa la calle moviendo incontrolablemente su cola juguetona y me da el sentido de la distancia que me falta recorrer aún para llegar por fin a la iglesia: casi trescientos metros. ¡Zas!, pienso, si tomo a través del atajo podré llegar a tiempo a la Eucaristía y ver la mano suave del clérigo alzar con parsimonia la Ostia y alargarla hasta mi boca, y al monaguillo cuidando que la oblea no caiga. A las muchachas del coro las escucharé entonar al unísono el Aleluya y esta visión de los rostros escuchando apacibles me reconfortará dándome la tranquilidad necesaria para pensar que sólo mi madre y Juan habrán notado mi retraso.

A don Abundio lo entierran a las ocho, luego de la homilía. A las nueve, Juan y yo estaremos aún en el panteón colocando gardenias sobre el techumbre de su nueva morada. Luego rezaremos salves intencionales a la Virgen para que le lleve el alma al cielo, y de pasadita aprovechar para espantarle las tentaciones al Demonio que seguramente querrá llevárselo arrastrando por un camino atiborrado

Red Nacional de Bibliotecas Públicas

de espinas y abrojos siderales con el propósito de incluirlo en su séquito. Aunque viéndolo bien, don Abundio no necesita del comodín de las oraciones ni engaña a nadie con artificios de feria para ganarle la partida a Lucifer, ni siquiera del permiso de San Pedro para hacerse de un buen escaño allá en la Sala Divina, pues ya desde que estaba guardado en su albergue uterino, flotando ingrávido durante los días del embarazo, tenía reservado el suyo y sólo esperaban su muerte para que fuera a ocuparlo. Sí, señores y señoras, comadronas e incautos que se esmeran en seguirle chingando la madre al muertito cuando lo que éste necesita es descanso, a don Abundio que fue tan bueno no le hacen falta tantas marrullerías mamonas: que si ajusten bien su mortaja para que no lo chingue el frío, y péinenlo lo mejor posible no sea que le vayan a decir allá arriba: "Abundio, por un pelito te quedas fuera de la Gloria", que si sahúmenle por acá y estírenle por allá. Y así se traen toda la noche al muerto en una pelotera de la puta madre, subiéndolo y bajándolo como si no se tratara del trabajo de la respetabilísima —y mis respetos a usted señora muerte—, sino de una bola grande de fútbol. Esto es la noche del velorio; ya en el entierro, si tantito llegara a vivir el muerto lejos del camposanto, ya les aviso a la hora del traslado con ese zangoleteo de barco epiléptico a cada cambio de hombros.

Yo por eso le he dicho a mamá que cuando me muera no hagan fiestas costosas, que no me velen o derramen lágrimas de hipocresía, ni apestén la casa a sahumeros de pantano, ni pongan veladoras alrededor de mi ataúd. Eso le dije yo a mi madre desde que murió el alcalde de Benito Juárez y fue un pachangón memorable donde todos se emborracharon olvidándose de enterrar al muertito, que al día siguiente amaneció con una sonrisita a flor de labios como si hubiera participado también del jaleo, era tan tierno y dulce el rictus de su boca que su esposa, amodorrada por la cruda, se conmovió y ya no quiso enterrarlo. Lo que hizo la fiel hembra fue llamar al mejor talabartero del pueblo que hizo un trabajo perfecto de resurrección artificial después de botarle afuera las vísceras y llenar el hueco con aserrín y plumas de ganso de mi camada favorita, mi amor, ya barnizado y toda la cosa, le aplicó a la ca-

ra un poco de su cosmético para que no se viera tan muerto y lo siguió conservando en una vitrina de cristal en la sala de estar.

Eso pienso yo acerca de los velatorios, señores. Allí la gente se reúne a vaciar sus frustraciones, a liquidar asuntos pendientes de peleas interrumpidas. Otras gentes no llegan al lugar a congraciarse con los familiares del difunto sino a beber café y a contarse una retahila de chistes colorados y anécdotas de aparecidos nunca tan visibles como en esos momentos. Y si han de enterrarme desobedeciendo mis órdenes, en agrado a la tradición, lo hagan mejor en una bolsa de plástico con forma de iguana y del tamaño humano para que los gusanos se espanten y no entren al ataúd a carcomerme la nariz o a hacerme cosquillas en los pies con sus vientres fríos y adiposos. Además no en una caja de madera fina con tanta pompa y cachivaches que le echan a uno adentro quién sabe por qué cabrones si al fin y al cabo de nada nos sirve en el cielo o en el infierno, sabe Dios dónde.

Yo no comprendo cómo don Abundio le permitió anoche a toda esa gente hacer tantas cosas con su cuerpo. El no necesita del teatro para irse al cielo. Ha sido un hombre bueno y de seguro tendrá un camino limpio adelante, tapizado de terciopelo para amortiguar el peso de su pisada grande y la inmensa barriga de hombre magnánimo. Su camino debe ser así y no pedregoso, sin obstáculo alguno que lo entretenga en su llegada; exactamente a la hora en que un ángel esté tocando una campanita con la mano izquierda mientras lee su nombre escrito en una libreta blanca para verificar su puntual asistencia: "Pérez Zapata Abundio", dirá el arcángel como cuando pasan lista en la escuela, y el aludido no tendrá que decir "presente maestro", porque su enorme vientre lo delatará. Desde su sitio envidiable él verá aumentar considerablemente la procesión de hombres malos marchando uniforme a pasitos de sonámbulo orientado, con la cara humillada entre las manos para no ver la naturaleza muerta de esos valles extensos, de ese camino interminable poblado sólo de abrojos, mientras que a un lado, a la orilla de ese atajo incierto, una hilera de demonios desparramados sobre el lodo frío los acecharán

enredándoles los pies con sus colas pegajosas y tumbándolos bocabajo sobre el sarro, en medio de la risa burlona de otra recua de seres arrastrando su rabito pelón. Más de uno de ellos hablará, pero en lenguaje incomprensible y en un tono autoritario que yo traduciría a la retórica trillada con que le dan la bienvenida a esos hombres en el infierno: “aquí pagan lo malo, cabrones”, y los cabrones, aunque entendieran, no podrían responder porque además la soga que los uniría en fila india a través de esa geografía absurda, les apretará duro el pescuezo al ser jalada con violencia por la mano peluda de su nuevo guía, del reciente patriarca de las cosas y de los destinos más disparatados habidos y por haber. Y en tal estado, acaso un gruñido como de hombre ahogándose podrán emitir sus gargantas amorcilladas. También los lagos ¿hay lagos en el infierno? estarán contagiados de ese ambiente absurdo donde los peces en lugar de escamas tendrán perlas y rubíes para motivar la ambición de quienes pasen a su vera. Yo por eso le diré a Juan cuando lo vea que debemos portarnos bien y no sufrir esto.

El sol está bien alto ya, ha rebasado la altura de los almendros y sus rayos sorprenden en pleno amorío a una pareja de palomas sobre la rama de un mango. Desde un principio debió ocurrírseme la idea de venirme por el atajo. Aquí no se siente la soledad del pueblo porque cada paso es animado por el gorjeo de los cenizotes y otras aves cantoras, el verde pasto o algunas ardillas comiéndose las almendras. Tan sólo doscientos metros cuadrados y cuanto hay aquí contrasta visiblemente con la otra cara del pueblo. En otros tiempos la gente acostumbraba acortar camino por aquí para ir a la iglesia o al mercado, pero desde que su dueño lo cercara con alambres de púas casi nadie asoma las narices por estos rumbos. Quizás por eso ha crecido libre la hierba y los roedores se pasean confianzudos porque ya no sienten el acecho de los perros, ni temen el peligro de las resorterías de los niños traviesos.

Todo es tranquilidad en esta parte del pueblo; algo bonito y diferente a esa soledad que reina ahora en las calles del pueblo, donde las casas pintadas de blanco le dan una apariencia de gran cementerio. Aparte de los dueños del

predio yo soy el único que conoce el hoyo por donde me he colado. Bueno, más que agujero es una puertecita hecha por los trabajadores cuando terminaron de levantar el cerco y que luego disimularon camufléandola con troncos y ramas secas. Yo estaba agazapado bajo una maraña de ramas y los vi tapar la entrada; regresaba del mercado y escuché el parloteo de los hombres y luego de que se marcharon quité los troncos y abrí la puertecita; después de explorar ese terreno de ilusiones la volví a tapar yéndome con el secreto a casa. Esta mañana perdí varios minutos que me tienen en irreparable retraso —además de los que tardé tirado en el suelo al metérseme el tobillo en un agujero— tratando de encontrar aquella puerta. Me quedé un rato aguantando el dolor mientras veía a las palomas espulgarse después de que se amaron. Incorporándome como pude caminé dificultosamente hasta encontrarme de nuevo en la calle. ¡Qué distinto! La congoja quiso volver a apoderarse de mí pero estaba cerca de mi destino: sólo unos cuantos pasos y ahí estaba la iglesia.

La iglesia estaba sola y en el piso se veía el polvo que la gente llevó en los zapatos. Un monaguillo metido en su gabán sacudía el polvo de las imágenes sobre las paredes atiborradas de cuadros con un sacudidor de plumas. Lo vi bajarse de la silla para limpiar los cuadros del altar y hacer el cambio de las flores. La misa había terminado no sé cuánto tiempo atrás y la gente marchado con el difunto rumbo al panteón. De nuevo en la calle pensé en mamá y me estremecí al imaginar el castigo que me esperaba al llegar a la casa, cuando de seguro me preguntara la razón de no haber asistido a la misa en un día tan importante. Pensé también en Juan, en el arroyo de Pinzón, en la abuela dando cabezazos contra las paredes del cuarto, y sin darme cuenta me había sumergido nuevamente en las profundidades de las calles desiertas. Estas me abrazaron con sus tentáculos malditos pero yo iba rumbo al panteón. Ahora sí tenía que alcanzarlos —me dije— y corrí tras de ellos imaginando emerger lo más pronto posible en el camposanto, antes de que la gente llegara con el difunto, antes de quedarme encerrado para siempre en este maldito círculo vicioso donde gira el tiempo de mi desdicha.

LA CAJA

A Jaime, mi primo, quien vive
más en el agua que en la tierra.

Jaime se sumergió nuevamente en el lecho del río. Las seis veces anteriores había logrado una buena captura de caracoles y jaibas que ahora brillaban embrocadas sobre el plan del cayuco, pero fueron vanos los intentos posteriores de aumentar la pesca. A la décima zambullida, siguiendo el rastro de un caracol travieso, se encontró, de pronto, con aquella caja de metal tan repetida en sus pesadillas nocturnas.

Pese a su corta edad —iba apenas a cumplir los trece años—, nadaba mejor que los patos y tenía muchas similitudes con ellos. Sus compañeros de escuela lo llamaron cierta vez por el sobrenombre de “el pelícano”, y entonces le fue imposible ocultar el gesto de repugnancia que le produjo eso de las patas aplanadas. Su madre, sin embargo, a menudo resaltaba en las charlas del vecindario la aptitud natural del niño para la natación; decía que desde el embarazo el niño le perdió el miedo al agua, y a los ocho meses ya se zambullía y echaba clavados en la fuente materna: “por eso nació con los pulmones del delfín y la piel roñosa del tiburón”. Lo cierto es que gracias a aquellos desórdenes genéticos pudo mantener a su familia desde que hizo una demostración espectacular de su aguante de cachalote bajo el agua, y descubrió la facilidad de ganarse buen dinero destrabando las redes de arrastre.

—¡A chingar a su madre! —dijo entonces, desilusionado por la simpleza de un axioma matemático—, bucear es lo mejor.

Y, dicho y hecho, abandonó la escuela.

Allí estaba la caja. Inconfundible. Concreta. Tan real que de no haber sido así, él habría inventado cualquier cosa a cambio de verla semejante a la de su sueño. Pero era la misma, con igual forma y tamaño, y la única disparidad consistía en el color de ésta. Pasó el detalle por alto al

recordar que en los sueños los objetos carecen de pigmento y eso le confirmó que, efectivamente, esa era la caja de las pesadillas. “Tal vez es un tesoro”—pensó—. Pero, ¿cómo movería ese peso descomunal de cosa bien afianzada si se le estaba acabando el aire y debía salir cuanto antes a la superficie? No quedaba otro remedio que intentar extraerla al día siguiente con herramientas de herrero y un cabo grueso. Decidió aprovechar el último aire dando un aletazo que lo impulsaría como un calamar fugitivo. Al salir vio un sol tímido apresurado por ocultarse porque otro grande lo empujaba inevitablemente con sus nalgadas siderales. Media hora tardó debajo del agua y entraba ya la noche. Bastaba subirse al cayuco para que éste, por la sola costumbre del transporte, navegara sin el fervor de los remos. Mas esa noche fue el vigor del viento en amenaza de norte, el que lo precipitó sobre las aguas hasta llevarlo a su casa; él apenas si había tenido aliento para dirigir la marcha desde la popa. Su madre lo esperaba ya con un café, éste vacío la taza a sorbos espaciosos y al final agregó:

—Me corto un güevo si ahora no salimos de pobres.

—¿Qué has dicho? —preguntó ella, sin acostumbrarse aún al vocabulario de marinero del hijo menor.

—Que ahora sí vamos a tener dinero de a chingo —dijo él—. Hasta para comprarte el osito de peluche, ¿cómo dijiste que se llama donde lo venden?

—Bazar —dijo la mujer—. Lo leí en una revista.

—¡Esa chingadera! —dijo Jaime.

En el fogón humeaba una cazuela. La mujer extrajo de ella varias jaibas cocidas que distribuyó sobre la mesa en platos iguales. En un extremo del caidizo, al amparo de la luz de un quinqué, estudiaban o pretendían hacerlo, dos jóvenes que se acercaron al llamado de la madre. Ella bendijo los alimentos con una rápida salutación a la Virgen del Carmen y un rosario de sólo tres misterios porque el hambre los apuraba. En los semblantes de aquella familia se veía impresa la huella de una vida infame, producto de haber aguantado el mal trato y haber sostenido el vicio de un padre alcohólico quien, por fortuna, había muerto meses atrás ahogado en su propio vómito. Comieron en silencio y después se fueron a dormir, también en silencio. Era

una casa de regular tamaño, herencia del abuelo materno, con tres habitaciones de cañabrava, una cocina de yagua y el caidizo al descubierto donde estaba el fogón. Un desasosiego profundo reinaba en ella: la certidumbre de que el fantasma del padre aparecía por las noches a voltear el mundo que ellos ordenaban durante el día, oponiéndose a todo cambio.

Jaime se fue a su cuarto, su madre lo acompañó con el candil en alto y al llegar a la puerta le dijo:

—¿Piensas sacarte la lotería?

Jaime no contestó, hacía algún tiempo que había perdido la costumbre de responder a la primera pregunta.

—¿O vas a robarle a alguien?, carajo —insistió la madre.

—No —contestó.

—Entonces, ¿de dónde sacarás dinero para comprarme el osito de peluche? —preguntó ella, inquieta por la firmeza con que el chico había hablado.

—No sé madre —dijo Jaime—. De lo que estoy seguro es de que mis hermanos tendrán dinero suficiente para terminar sus estudios y que tú tendrás tu regalo, ¿o ya no lo quieres? —preguntó irónico.

—Yo sólo deseo que te portes bien hijo.

—Pues deja de fastidiarme y vete a dormir —le dijo él.

Antes de retirarse ella le ofreció una cafiaspirina para la fiebre.

—No la necesito —contestó—. Ahora estoy más lucido que nunca. Sólo acuérdate de levantarme a las cuatro si me duermo.

Esa noche Jaime no pudo dormir pensando en el tesoro, en la ardua tarea de sacarlo a flote sin ayuda de nadie, ni de los hermanos, pues era muy orgulloso. No. Todo menos eso —pensó—, ellos no deben saber nada; es mi secreto. Lo bueno es que tengo el cabo del ancla y la espátula del tío Lencho. Con eso me bastará.

El norte entró de lleno como un animal rugiente y daba mordiscos a las pencas de los cocoteros. De pronto caía en el patio algún racimo seco y a su golpeteo al caer lo seguía la estridencia de los frutos al chocar contra las láminas del cerco. Por la madrugada una sombra caminó hacia el paso, echó al agua un botecito y puso la vela en la

carlinga; poco después ambas siluetas se confundirían en la oscuridad total del río.

Al siguiente día Jaime no regresó a su casa. Al otro día, por la tarde, cuando el viento era tan débil que apenas animaba las ramazones marchitas, los hermanos organizaron una cuadrilla de pescadores para rastrear el entorno del río. En el muelle interrogaron a unos tiburoneros que sacaban del buche de un gran escualo un par de zapatos en buen estado y un reloj de pulsera dando la hora exacta.

El hermano mayor, al mando de cinco lanchas, se aventuró a través de afluentes y arroyos por donde se encontró con un reino de delirio: eróticos manglares con apariencia de mujeres desnudas en cuyos brazos se arrullaban las garzas melancólicas al atardecer, danzaban al ritmo de la música silenciosa e interminable de la suave brisa que las mecía. Habían entrado a una zona prohibida y en pago a dicho atrevimiento se les obligó a escuchar las multitudinarias risotadas del sauce llorón que las polillas le producían con el cosquilleo de su berbiquí. De los pescadores de la ribera obtuvieron un rosario de condolencias y una ensarta de cangrejos y gallinas, pero nadie les enteró de nada. Era como si el chico se hubiera extraviado en la mágica naturaleza del trópico.

Al sexto día de búsqueda infatigable, perdidas las esperanzas de rescatar siquiera su cuerpo para darle cristiana sepultura, llegaron noticias por boca de unos guachinangueños que subieron esa tarde a un yate anclado para abastecerse de agua y habían escuchado la plática de varios turistas que tomaban cerveza en cubierta, bajo un quitasol de colores. Hablaban de un tesoro fantástico escoltado por un muchacho con patas de pontó navegando a la deriva en un bote del cual surgía un resplandor que lastimaba los ojos, como cuando se mira el reflejo del sol en un espejo. También dijeron los hombres que al bajar en su auxilio éste parecía inmóvil y sin vida, y cuando menos se lo esperaban, ¡mi madre!, que se encuentran aquella fortuna en diamantes y rubíes de tamaño de un huevo de avestruz, pero que al tocarlos, movidos por la ambición, se convirtió todo en carbón, “¡yes my brother, en purro carrbon vegetal!”. Entonces levaron anclas espantados por esa visión

de gamusino, de antemano precedida de otros sucesos extraños, como los ajos en cruz en las puertas de las casas que habían visitado en los puertos, el hedor a sulfuros que dejaban las garzas en las cagadas sobre la borda o el hechizo de sirenas despampanantes dorándose las tetas en la proa de un barco fantasma; en fin, mi hermano, como el Diablo mismo.

A raíz de eso estuvo a punto de terminarse con la piratería del atún en aguas territoriales. En los restaurantes del extranjero era difícil conseguir, aun a precio alto, un buen filete de pescado, el turismo al puerto disminuyó, la industria de enlatados de los gringos sufrió pérdidas considerables por la carestía que se originó; a alguien se le ocurrió por ahí un estrafalario desencantador del trópico, vestido con cacharros de fantasía —como un collar de cuentas entrelazado a manera de taparrabo— y amuletos inverosímiles tallados en el mismísimo hueso de un unicornio marino. Proclamaba, a pulmón en boca: “por un dollar míster”, el secreto para hacerse inmune al encanto de la mujer pez; o dos, en cambio, si preferían largarse con las chichudas a conocer las cuevas fantásticas del océano donde tenían sus nidos de amor. Pero los pinches güeros pagaron sólo un peso mexicano por el escapulario desembrujador y de paso se llevaron al raro espécimen a un laboratorio para hacerle estudios de conducta y otras ciencias afines, terminando expuesto dentro de una vitrina de cristal en un museo de las modas estrambóticas donde ganó el primer lugar en el concurso de ese año.

Jaime se presentó la víspera de una navidad repartiendo a los niños que en esos días quemaban siquitraques en las calles desde el amanecer, paquetes enteros de luces de bengala, buscapiés que iban derecho al tobillo, y unos tronadores increíbles que hacían un ruido ensordecedor. Traía también un gran oso de peluche que meneaba la cabeza y movía los ojos. Había cambiado mucho. Los adultos le miraron y quienes esperaban encontrarse con un par de patas en abanico, vieron en cambio los pies alargados por el uso de un zapato especial. Vestía con elegancia y al hablar se sacudía las costras de un lenguaje extraño, como el de los turistas extranjeros que en épocas de buen tiempo

arriban al muelle y toman fotografías a toda una familia de veinte personas: “parruecen zarrigüellas”, comentaban mientras distribuían a los chamacos para que salieran todos en la placa. Sin imaginarse los pendejos güeros de mierda, que esos indios se arman hasta los dientes de material humano para declararles la guerra algún día.

La noticia del regreso de Jaime causó estrépito y, por primera vez en una semana, dejó de escucharse el ruido de tanta pólvora quemada para darle paso a la novedad. En las casas, las mujeres suspendieron su labor de hormiguita y fueron a hacerle preguntas al joven quien, por la tarde, cansado de contestarlas todas, tomó el rumbo de su casa.

Llegó a la hora en que su madre bendecía el almuerzo.

—¿Cómo están? —preguntó desde el umbral, con el oso de peluche bajo el brazo.

—¡Hijo! —gritó la mujer. Ya había escuchado los rumores pero no aceptaría que realmente fuera él hasta que regresara a la casa. Lloraron abrazados el resto de la tarde. Los hermanos, sorprendidos por la triquiñuela de un oso de piel sintética al que misteriosamente le brotaba por el culo una melodía repetida, decidieron llevarlo a la escuela y estudiarlo en la clase de electrónica.

Jaime hizo un largo recuento de las cosas que había visto en lugares inverosímiles del planeta. En una ciudad oscura donde los niños no conocían el sol más que en fotografías de paisajes ajenos, vio a un hombre caminar en el aire haciendo equilibrio con una barra en el espacio entre dos rascacielos; también conoció la estatua de una gran señora mirando hacia el mar, humillada de suciedad de aves de altura, en una nación que él se imaginó como un gigantesco pulpo en cuyos tentáculos asfixia indefensas geografías del orbe.

Hubo de pasar mucho tiempo a que llegara la caravana de historiadores encorvados por el peso de sus inmensos libros de páginas amarillentas y registraran el suceso como “un caso insólito”, pero el pueblo se repuso de la sorpresa mucho antes y continuó su vida normal. Fatigados de la interminable caminata, los mismos historiadores venían hechizados por tantos acontecimientos insólitos recogidos a través del continente, de manera que juzgaron humano

darle un respiro a la historia y se desparramaron sobre las baldosas del parque público rodeados por increíble multitud a contar, de viva voz, las más fantásticas historias jamás conocidas porque no tuvieron dónde anotarlas, además de que habían llegado tarde.

UN DÍA FESTIVO

La mancha estaba ahí, física, horrorosa e imponente sobre el escritorio. Como cosa bien afianzada, “como una ceiba” —pensó él al verla por primera vez, sin esforzarse en asociarla de inmediato al vivo recuerdo de éste árbol que había conocido tiempo atrás cuando el tren en que viajaba hizo alto en una estación desierta donde nunca ser humano subió o bajó, pero el maquinista supersticioso, obsesionado en respetarla no se hacía a la idea de continuar de largo sin pararse a contemplar lo que Aldò miró aquella tarde lluviosa a través de la ventanilla empañada: el árbol de ceiba más árbol que cualquier otro visto alguna vez. Los pocos segundos que el tren demoró en la estación bastaron para que él, jovenzuelo entonces, viviera ese encuentro con la más concreta y real manifestación de la naturaleza: toneladas y toneladas de células vegetales superpuestas fibra sobre fibra, en una inmensa mole viviente, que más bien parecía una ballena común cuando el muchacho le miró de lado, malva al crepúsculo, las enormes costras de color oscuro llenas de parásitos; sólo le faltaba estar inmersa en el océano para ser más ballena que ceiba pues el entorno anegado de lluvia le dio esa idea.

Esa fue la causa de que al llegar muy temprano esa mañana a su trabajo tuviera que asociar al árbol de su viaje aquella mancha irregular y aforme tan aferrada a la superficie del mueble.

—Llamaré a Macario para que la limpie— dijo en voz baja, sin dejar de mirarla. Acto seguido, como el movimiento continuo en una obra teatral, descolgó el auricular del interfón y registró una voz si no ajena a la suya, al menos diferente a la que de ordinario usaba en la oficina para solicitar los servicios de la intendencia o atender las llamadas de larga distancia; era una voz afectada por un amable falsete, rara. Nadie en los ciento cuarenta y tres recep-

tores de las amplias oficinas de la sucursal de seguros contestó su llamada. Después de escuchar él mismo sus propias palabras, quedó el ruido del silencio retumbando en las paredes blanqueadas como de hospital. Lo sintió chocar contra el mosaico español del piso y el plafón, dar tumbos de sonámbulo entre las vajillas de plata de la cafetería y volver de nuevo acelerando los latidos de su corazón.

—Estarán muy ocupados —dijo ahora en voz alta—. Llamaré después. Total, es una simple mancha y de un momento a otro la haré desaparecer yo mismo sin necesidad de que venga Macario en compañía de una recua de ayudantes a amargarme el día con sus infernales ruidos de escobazos y sacudidas a donde no hacen falta.

Sumergido en la lectura de un libro tomado al azar del estante se olvidó de la mancha por algunos minutos. Terminó de leer un capítulo y colocó el texto abierto en la página ochenta y cinco sobre la mesita donde había otros volúmenes desparramados en notable desorden. Giró un poco hacia su costado izquierdo para tomar un plumín fosforescente y hacer un subrayado sobre el libro, y fue entonces que volvió a contemplar la mancha que no había limpiado, atento a la lectura. Fijos sus ojos sin expresión en la asquerosa mácula, se propuso esperar diez minutos al intendente de la limpieza; mientras tanto, la estudió con detenimiento, sin prisa, como si en lugar de ser algo sin importancia fuera en cambio el mapa en clave de un tesoro. Por un momento tuvo la certeza de que se había movido de sitio, apoyada en unas patitas como de araña. Esta sensación de vida en la extraña mancha se hizo aún más intensa cuando en un parpadeo la descubrió encaramándose sigilosa sobre el costado del libro, abierto en la página ochenta y cinco.

—¡Santo Dios! —gritó sacudiendo rápidamente la cabeza que luego giró junto con su cuerpo para colocarse de cara a la amplia puerta del despacho donde le pareció oír voces que se acercaban. En su nueva posición yacía de espaldas al escritorio, arrellanado en la silla giratoria, pero con la nuca muy cerca del mueble.

—Ya vienen —dijo alzando la voz—. Presa del nerviosismo, un sudor frío le bajó en gruesas gotas sobre su frente.

—¡Ja! —repitió en el mismo tono cuando se sintió seguro de que los pasos se detenían al otro lado de la puerta—. Nada más eso me faltaba, que una puta mancha me hiciera la vida de cuadritos, ¡qué chinguen a su madre todas las putas manchas que haya en el mundo”— gritó ahora.

Pero los pasos y las voces que creyó escuchar habían sido producto de su aflicción, convertida a estas alturas en un miedo aterrador que le alzó los pelos y le puso la carne de gallina.

—No volveré a tomar el café tan cargado —pensó. Ya no sentía fuerzas para hablar en voz alta. Sus propios gritos de confianza se volvieron ahora su peor enemigo y se enfrascó entonces en una serie de monólogos interiores para recuperar algo de la confianza y serenidad perdidas.

Todo fue inútil. Lo que hizo fue cansarse de pensar y ahora estaba agotado y sin fuerzas siquiera para darle órdenes a su cerebro. Yacía completamente indefenso ante su adversario y no tuvo otro remedio que entregársele con la guardia baja dispuesto a soportarlo todo.

Inmovilizado en la silla, fijas sus pupilas extraviadas en quién sabe qué constelación del universo, pero sensible aún al tacto, sintió una mano fría sobre la nuca presionando suavemente donde comienza la columna vertebral. Parecía el vientre de una rana y era alargada y adiposa como los dedos de las lagartijas. La mano aquella describió un lento recorrido a lo largo de las costillas palpándolas una a una, como si buscara el lugar exacto del corazón.

—Diosito santo, padrecito mío —pensó, con el poco aliento que le brotó de una fuente desconocida de energía—. Confiésome que no recé los padrenuestros y las salves prometidas la otra vez que me sacaste del apuro, y luego las monedas antiguas que le robé del altar a San Judas Tadeo, pero te prometo que ahora sí lo cumplo y por favor no hagas que me vuelva loco —musitó a punto de llorar.

La mano siguió bajando, como si el obstáculo del jersey fuera lo menos preciso para impedirle divagar libremente por la amplia espalda, pese a lo estrecho que éste le quedaba ya. Le acarició el ombligo siguiendo la curvatura del orificio y al punto donde comienza el vello púbico, los

dedos se crisparon sujetando una maraña de pelos que fueron arrancados con violencia.

—¡Ay! —gritó el hombre.

Por fin la extraña epidermis subió nuevamente al lugar de origen, allí presionó con más vigor que antes el parálítico cuello hasta que el hombre sintió que el aire le faltaba. Poco a poco se fue durmiendo, alejándose de la realidad o ficción que vivía hasta que su cuerpo quedó por completo inmóvil y nunca, ni siquiera cuando murió de verdad, tuvo un semblante tan de muerto como ahora. Y en esa posición de rigidez completa transcurrieron las horas que faltaban al día.

—¡Señor Montalvo! —dijo alguien, recortado bajo el umbral de la puerta de la oficina abierta en plenitud—. Un nuevo amanecer invadía de luz.

Aldo despertó bruscamente.

—¿Qué. . . , qué pasa, flaco? —dijo al reconocer la voz de su asistente.

—Buenos días, señor Montalvo —le saludó el escuálido joven—, se ve que quiere usted mucho su trabajo jefe.

—¿Y la mancha? —preguntó el otro, confuso aún.

—¿Cuál? —interrogó el chico.

—La del escritorio —asintió Aldo con la cabeza—. Sí. . . , la del escritorio. . . , ¡desaparécela de inmediato, estúpido! ¿por qué te quedas ahí parado, tonto?

—Señor Montalvo —corrigió asustado el muchacho—, su escritorio nunca estuvo tan pulido y brillante como ahora.

Estimulado por esas palabras, Aldo volteó sobre su silla giratoria y comprobó que el mueble no tan sólo permanecía en completo estado de limpieza, sino que además no existía sobre su superficie el libro abierto en la página ochenta y cinco que él había dejado ahí.

—Perdóname, flaco —dijo al muchacho—, pero no sé qué diablos me ha sucedido.

—Señor —comentó el asistente—, será mejor que vaya a su casa y descansen hoy que es día festivo porque buena falta le hace.

Las palabras del chico terminaron por confundirlo completamente y la palidez volvió a maquillarle el rostro.

—¿Qué le pasa señor? ¿Otro día festivo? —preguntó. Ayer fue 16 de septiembre, día de la independencia en nuestro país, fecha memorable en que. . .

—¡Calla! —dijo el otro, y salió presuroso de la oficina.

—¿A dónde va señor? —le hablaron a la espalda.

—Pues a tomarme el día festivo, tonto —dijo.

Ya afuera del enorme edificio de la sucursal de seguros Aldo prometió cumplir la penitencia impuesta y de paso quemarle una veladora a San Judas Tadeo por la absolución del pecado del robo de las monedas y juró no volver a tomar el café tan cargado, mejor dicho, a no tomarlo nunca.

LA FLORISTA ENGAÑADA

Cuando Magdalena salió a vaciar la bacinilla, una rápida fragancia de jazmines penetró de golpe en la casa; anduvo unos segundos revoloteando por la atmósfera de plomo de los cuartos, y luego siguió hasta el comedor para, finalmente, desalojar por completo los humores rezagados de la noche. Ya en el jardín la muchacha cayó en la cuenta de que era domingo de ramos y debía entregar su pedido de gardenias más temprano que de costumbre, antes de la segunda llamada a misa.

Para Nena, las flores significaban algo más que un pasajero gusto de mujer saliendo con apuros de la adolescencia; eran su propia vida, la fuente misma de donde surgían los lejanos recuerdos de su familia, arrasada en un puerto lejano del golfo por una enfermedad extraña. Su único entretenimiento desde la muerte de sus padres consistía en el cultivo de flores diversas y paseos solitarios por la playa. Muchas veces se había quedado dormida sobre la arena fina de la costa y siempre escuchaba las canciones de las remotas profundidades del mar; eran melodías de naufragos que rasgaban acordeones sobre el velamen de barcos perdidos: El llamado del mar era para ellos como el vértigo que seduce al suicida. Nunca pudo reprimir un llanto de lástima por esos peces indefensos que sufren la nostalgia del océano.

Al concluir la epidemia que acabó con medio puerto, el gobierno distribuyó una misiva entre las familias del litoral para que adoptaran, con el favor de la ley, a los cientos de niños que quedaron huérfanos.

De Nena se encargó una vieja paralítica que llegó al pueblo hasta donde unos hombres le hicieron el favor de empujarla en su silla de ruedas, en una caravana de gente. La abuela —como le llamaría para siempre—, la instruyó en el cultivo y venta de flores; Magdalena llegó a sentir por ellas

tanto cariño, que detestaba que las mariposas llegaran a robarle el olor.

El domingo de ramos Nena apareció en el puerto al escucharse el primer doble de campana. Mientras ella cortaba los tallos, la anciana hacía cruces de palma sentada en la cama. Vivían solas en un extremo del pueblo a donde se fueron a radicar y desde que llegaron tendieron una cerca infranqueable a su pasado y nadie supo de su origen o su familia. Las únicas relaciones de la joven con el mundo eran las esporádicas visitas a los hogares del puerto para entregar sus pedidos. Al ver la casa, envuelta siempre en el misterio, muchos dudaron de que en tal desolación viviera persona alguna. Pero allí subsistían Magdalena y la inválida, dedicadas al cultivo de flores como único sustento.

Algo hubo de suceder aquella mañana de domingo cuando doña Gertrudis sintió un frío de metal en los huesos y no pudo oír el primer toque de campana. Nena, volviendo del patio, flores en mano, la encontró absorta y con la vista perdida. Puso los ramos sobre la mesa y le dijo:

—Hoy no voy a llevarlas.

—¿A qué te refieres? —la anciana cambió de expresión con su pregunta.

—A que me siento mal —replicó la muchacha.

La otra tomó el canasto donde ponía las floridas cruces y miró una a trasluz para comprobar su proporción. Luego de devolverla en su lugar dijo resuelta:

—Como quieras; qué más da, si ayer tampoco fuiste.

No perdió detalle alguno de los movimientos de la joven; Nena puso los ramos en un aguamanil y se fue a su cuarto. Vestía una falda de encaje azul marino tan ajustada en la cintura, que al caminar daba el efecto de que la partiría en dos. Antes de entrar en la recámara se llevó las manos al vientre y le fue imposible reprimir un grito de dolor. La anciana quiso interrogarla, pero la otra le desvió el propósito dando un portazo con el que temblaron las vigas maestras de la casa. La muchacha estuvo toda la tarde en un llantito de animal herido.

Por la noche tocaron a la puerta. Eran unos golpes suaves, lastimosos, como de coyunturas descarnadas que al

contacto con la madera sintieran dolor. Doña Gertrudis, al oír los toques, se deslizó en su silla rodante hacia la puerta. Antes de abrir preguntó de quién se trataba. Un breve silencio pudo percibirse hasta antes de que una voz infantil respondiera desde afuera:

—Me manda el alcalde a traerle un recado.

—¿De qué se trata?— le interrogó al momento, a lo que él respondió:

—Dice el alcalde que Magdalena no fue hoy a entregarle las rosas y desde la mañana la está esperando con un regalo para ustedes. Dice también —continuó—, que si usted quiere ella puede ir un corriendito a buscarlo ahora que su mujer no está en casa.

—¡Mira nomás! —exclamó la vieja—, ¿y eso es todo hijo?

—¡Sí!— contestó el niño.

—¿Y te pagó el mandado el cabrón ese sólo por venir a decírmelo hasta acá?

—Me regaló unos dulces —contestó el pequeño.

La anciana lo animó a acercársele con un ademán desvincijado. Se sacó del corpiño unas monedas de cobre que guardaba en un atadillo de cuero junto con una litografía de la Virgen Morena, y dio al pequeño tres de las que tenían al reverso, plasmada por el asombro, la imagen de un indio azteca.

—Son tuyas —le dijo al chico—, y vuélvete a decirle a ese mal nacido que chingue a su madre y que si quiere puedo ir yo por el cabrón regalo.

Después del suceso, cuando el silencio volvió y pudo escucharse en el cielo el viejo generador de luz de las estrellas, doña Gertrudis, recostada en el dorso de la silla, se puso a armar las piezas sueltas del rompecabezas: primero el capricho de Nena al negarse a repartir las flores y su dolor en el vientre. ¡Al fin entendía por qué la muchacha tenía varias fajas en su guardarropa! Luego, como una tempestad imprevista la azotó el recuerdo de la fecha en que fueron con el alcalde a solicitarle un terreno para sembrar sus semillas: el funcionario accedió a ello a condición de que fuera Nena quien le entregara todos los días el pedido de rosas que convinieron ese día. Por lo tanto, la última

pieza encajaba bien en el espacio vacío de sus posibilidades: Magdalena estaba embarazada.

Con el alba, unas mariposas monarca se embriagaban libando el brebaje de las flores. Desde el caidizo, Nena las veía desertar de la migración para posarse en las gardenias; sin ahuyentarlas, les permitió emborracharse hasta que remontaron el vuelo para perderse en el matiz del cielo. La joven se sintió de pronto en complicidad con los girasoles que aceptaban sin inmutarse las repetidas caricias de los insectos, tal como ella dejara hacer, desde cinco meses atrás, al hombre de su desgracia cuando se vio impotente para resistir las pretensiones del alcalde.

Con el objeto de comunicarle su embarazo al funcionario, Nena salió aquel día muy temprano a hacer sus entregas. Ni siquiera dio a su abuela el acostumbrado café matutino. Era tan fresca la mañana que el sol se avergonzó al asomarse y Magdalena lo vio como un monstruo despertando azorado por una pesadilla reciente. Después de un rato de andar por las calles sólo quedaba en la palangana el pedido del alcalde. Sin pensarlo fue hasta su casa. Tocó la primera vez. Nada. Lo hizo de nuevo en dos ocasiones y lo mismo. Entonces se fue a la alcaldía con el presentimiento de encontrarlo en la oficina. Por el camino dio con él; regresaba a tomar el almuerzo y la chica, valiente, se le plantó de frente.

— ¡Oiga! —le dijo.

— ¿Qué hay, muñequita —dijo él, haciendo un leve intento por abrazarla.

La muchacha pudo esquivar los brazos del hombre y al punto comenzó a contarle lo que le sucedía. La actitud del funcionario fue un escuchar atento, sin prisa; Magdalena pensó que sería comprensivo con ella e iría a hablar con la abuela, pero al enterarse de que iba rasguñando el sexto mes de embarazo, le dijo en un tono demasiado grave para asustar a la chica:

— ¡Ya te chingaste mi'ja. Para qué te dejaste preñar. Si me lo hubieras dicho a los dos meses podría haber hecho algo por ti. . . ¡Pero ahora!

Nena se abrazó a la pierna del hombre y éste, apartándola con la misma facilidad con la que hubiera atrapado

una mosca al aire, la tiró al suelo. Las lágrimas surgieron de los ojos dilatados de ella.

— ¡Usted me obligó! —dijo—, ahora vaya a hablarle a mi abuela. Si no, es capaz de matarme.

—Si sigues fastidiando te voy a meter a la cárcel por faltarle al respeto a la autoridad —dijo el hombre—, y no se te ocurra comentarlo a nadie porque les quito el terreno y jamás volveré a comprales sus cochinas flores.

Nena siguió llorando. Sentía desfallecer ante la inminencia de un enfrentamiento con la anciana que, pensaba, a esas horas de seguro ya estaba enterada. En algún sitio dieron las doce. En el puerto, el sol caía pleno sobre los techos de guano que ayudaban a soportar el calor de mayo. El alcalde, fuerte y grueso, registró de nuevo su voz altisonante:

— ¡Ahora lárgate y no vuelvas a aparecer por mi camino porque ya sabes lo que te pasará! —Y se alejó refunfuñando.

La muchacha lo siguió con la mirada hasta que su figura fue sólo una masa en la distancia, un obstáculo en la paralela reverberación de las calles.

Por la tarde, en la playa, unos niños encontraron la palangana de flores de Magdalena con un ramo de rosas flotando a la deriva en una caleta. Horas después, uno de ellos aseguró ver en la distancia un bulto de forma humana que aparecía y desaparecía con el movimiento de las olas, pero los demás opinaron que sería algún tronco de los muchos que recalán al azotar los nortes en las otras costas. Por eso habían seguido jugando y al entrar la noche se habrían ido para dejar tras de sí un montón de pétalos que el viento se encargó de dispersar alocadamente en un remolino de fragancia y arena.

EL LOCO

¡Ahí está de nuevo!, casi estoy segura de que se trata de él. Sí, sin duda son ese maldito dolor y cosquilleo que han vuelto a su oído, y lo creo porque ha comenzado ya a retorcerse por el sufrimiento. Es un dolor duro y fuerte cual caparazón de caguama que le penetra en los poros y luego se le alberga en el oído derecho.

Antier me dijo mientras nos preparábamos a desayunar, y experimentó nuevamente la misma aflicción, que siente como si un gusanillo de esos que se comen el cogollo del maíz le estuviera saliendo despacio por el hueco de la oreja, pero yo no le creí por pensar que empleaba otra vez sus recursos de mago arrepentido para eludir las comidas. Todos en casa estábamos felices porque el muchacho se decidía al fin a comer con nosotros, todos juntos como en casa de don Eugenio, el señor de la tienda de enfrente. El apenas probó el chocolate que mi hija Margarita le sirviera gustosa.

Lo miramos tranquilo esa mañana, sentado igual a su padre y el padre de éste cuando tenían su edad y la misma enfermedad arrastrada de generación en generación, de útero en útero, hasta llegar finalmente a él. Sí, sentado a la mesa con ese aire de total indiferencia que sólo le permitía mirar de reojo por encima de los hombros parecía quieto, faraónico. Algo en el interior de mi calavera me anunciaba ya la confabulación temida desde que me lo trajeron diatiro dado al infortunio, bien pequeño y escuálido, envuelto en una cobija mugrienta y me contaron el historial completo de su familia; desde un abuelo deschavetado hasta una hermana que murió de parto en una noche sin consuelo por no haberle extraído a tiempo el marranito de la panza. Así me dijeron los hombres: “ahí se lo dejamos, que la Providencia nos mandó con usted para que lo cuide, lo críe y haga de él un hombre de bien”. Llegaron

tres y se marcharon dos. Tomaron por el rumbo del río, bien juntitos para darse calor entre sí porque el invierno fue duro en aquel año. Yo los vi mientras se iban: uno adelante y el otro atrás; y más allaíta, uno a la izquierda y el otro a la derecha sin separarse para aprovechar el calor de los cuerpos, hasta que se perdieron por los caminos de la ciénaga dejándome clavada en la memoria la certidumbre de criar a un fenómeno.

El muchacho se desarrolló bien hasta antier que cumplió sus quince años y pensamos celebrarlo con un buen desayuno; un tanto para agasajarlo y atar los cabos sueltos por las dificultades que laceraban a la familia desde el tiempo de aquella sequía que acabó con animales y plantas, y de puro desaire a mi marido le dio por la bebida y ahora pensaba dejarla. Siempre esperamos ese momento para embotellar los sinsabores familiares y enterrarlos en el patio, detrás del baño viejo donde reposan los huesos del Duque y el Bobby, los dos perros preferidos de la casa.

Esa mañana no pudo darse mejor ocasión para nuestro propósito, de manera que decidimos aprovecharla al máximo utilizando al muchacho como el centro de la reunión. Primero hablamos de su buena salud. Toribio comparó su montaraz crecimiento y dijo que una ceiba no hubiera crecido tan a sus anchas. No recuerdo si Cristina o Jaime mencionaron el proyecto de inscribirlo en la escuela secundaria. Sí, de eso hablamos al principio y sólo Margarita se mofó de buen gusto de su cabeza enorme y sus orejas puntiagudas para reencauzar la charla que por un momento desviaba su curso por las pendientes abruptas del aburrimiento. Todos reímos con la guasa de Margarita. Todos, menos él que empezaba a frotarse las monedas lisas de las sienes con los pulgares y más que de entusiasmo daba muestra de preocupación; era una intranquilidad parecida a la que se produce cuando se tiene comezón en la nalga y una no puede rascarse porque el novio está enfrente, al acecho de que mamá se marche a la cocina para recordarle a uno lo que le pidió el otro día en el río, y una le dice que se espere para el matrimonio.

Así estuvo un buen rato durante ese retazo de mañana, dando probaditas furtivas al chocolate que preparó Marga

hasta que lo vimos levantarse sobresaltado y derramar el chocolate sobre el mantel nuevo mientras se apretaba más fuerte el cerebro. No llegó hasta mi lugar sin antes llevarse de corbata el retrato de mi matrimonio que pendía en la pared, dando tumbos borracho. Llegó borracho dando tumbos y me dijo al oído, bien quedito, como haciendo un esfuerzo fuera de su alcance para que no lo escucharan los demás: “tía Sote, ya no aguanto. Ya no lo soporto más”. Luego rompió en un llanto de perro señalándome con el índice el origen del dolor. Entonces lo consolé como una madre suele hacerlo a menudo en tales casos: le froté el cabello oscuro y busqué hacia adentro de sus orejas la posible causa de su mal para tranquilizarlo: alguna basura o un trozo de cerilla y decirle: “mira hijo, esto era lo que te molestaba. Ya puedes estar tranquilo”. Sí. Así lo hice, pese a que él no es mi hijo natural, pero yo lo quiero lo mismo que si fuera en verdad; por eso metí su cabeza de cachalote en mi regazo hasta sentir el mandil ensopado de su secreción de niño adulto por el torrente de lágrimas en que se desbordó. Cuando se calmó un poco le sequé el rostro y lo conminé a retirarse al cuarto, a rezar, y se olvidara del asunto ya que el lunes bien temprano lo llevaría al doctor; él me dijo: ¿hasta el lunes?, y yo le contesté que ese día era sábado y los dos únicos doctores andaban de parranda en otro pueblo. Después no lo vi en toda la tarde por la casa. En la noche volví a saber nuevamente de él por sus gritos desaforados; sólo entonces empecé a preocuparme en verdad por su estado. Pero a quién llevarlo si hasta mi comadre la curandera estaba ausente en el pueblo. . . , a quién doncito.

Sí doctor, entre mi hermano y yo lo tuvimos que amarrar bien fuerte de las manos, y lo pegamos como un animal rabioso al ciruelo de la esquina para que no se siguiera golpeando la cabeza contra el muro. Ya lo habíamos visto antes, al doblar la cuadra, pero pensamos que sólo jugaba con alguna pelota, por eso no nos apuramos al principio, ¿verdad tú?

Sí doc, efectivamente así fue. Y no lo hubiéramos hecho a no ser porque un grupito de chamacos retozones que corrían en sentido contrario al nuestro, espantaron las chi-

vas que llevábamos a pastar y nos avisaron que este muchacho se estaba golpeando el cráneo contra la pared, y entonces corrimos y aquí nos tiene con él, ¡mírele pues la mollera, parece pulpo garroteado! Para mí que está loco, no hay más.

¡Ajá doctor!, y eso que lo agarramos bien fuerte, ¿verdad tú? dile al doctor cómo lo apergollamos durísimo cuando ya se encarreraba a despedazársela; si no, en lugar de traerlo acá mejor lo hubiéramos llevado de una vez al panteón, porque habría usted visto qué tan fuerte iba a estrellarse este muchacho. Parecía un abejón suicida dándole duro a un fluorescente, ¿verdad Nisandro? ¿Usted los conoce médico? No hombre, los abejones no. . . me refiero a los fluorescentes. Yo los conocí en la ciudad cuando fui a venderle la marrana a la abuela. En nuestra casa sólo tenemos los abejones, y de a madre; a ver qué día le traemos unos pocos para que se prepare un buen caldo, aunque crudos y con tantita sal y chile no saben tan mal.

Bueno, ahí le dejamos al fulano éste porque todavía debemos llevar las chivas a pastar hasta el otro lado del río donde reverdea el zacate. ¡Vámonos Nisa, apriétale duro que la abuela nos espera!

Está chiflado, señoras. Ya se los he dicho mil veces y no hay manera de que entiendan. No le busquen más y llévense mejor estos hierbajos para otra parte que me están apestando la casa. Créanme que se los digo yo, que antes de ser partero fui primero curalocos y en más de una ocasión me topé con un paciente igual.

Toda la culpa es de esa cabezota que les crece tanto y se los lleva de lado; no hay forma alguna de pararla, pues primero les empieza a crecer normalmente pero luego es como la trepadora que se cuela por todos lados y por más que se la moche crece y crece, como si en lugar de contenerse el desarrollo al cortarle las ramas, se le estuviera dando fuerte con un mazo por debajo de la tierra para obligarla a salir más aprisa. Para esto no hay remedio, señoras. Lo más eficaz y humanitario es dejarlo en plena libertad de continuar golpeándose contra lo que encuentre en su camino, porque ellos gozan así tanto como nosotros recordando momentos felices.

Me acuerdo de otro muchacho que se creía toro y anduvo varios días por la plazuela buscando un alma de Dios que lo toreara, y como no le hicieron caso se fue a estrellar contra un poste de luz produciendo un ruido seco, de árbol rajado, que se escuchó a varias cuadras e hizo derramar la leche en las cocinas de las señoras asomadas a curiosear, y aún le quedó energía para darse dos mamellazos más hasta quedar exangüe.

En quienes pienso es en esos pobres chamacos que esta mañana dejaron sus animales sueltos para traerlo, ¡tanto que los garrotea su abuela aunque no tengan la culpa de nada! Con toda seguridad ya se enteró de la noticia y les dará una buena tunda porque las chivas hambrientas se les regaron por el pueblo buscando zacate. Asómense por la ventana y verán que aún tengo una en el patio. Fue la primera que capturaron y me la recomendaron mientras iban por las demás. Si supieran ustedes cómo los inadrea la vieja esa. Espérenme y ahora que se vayan me acompañan para hablar con ella, nada más aguántenme tantito a que me ponga los zapatos y encuentre el paraguas por si llueve, si no miren lo bajo de esas nubes. Ahorita vuelvo, y si se despierta el toro, digo, el loco, quédense quietecitas, no les vaya a confundir con una pilastra.

¿Oyes Chonita. . . , no será que el doctor está medio zafado? Si te acuerdas bien, de un mes para acá se anda por las nebulosas y ya no llega gente a su consultorio después de que lo encontraron hablando solo en la calle y se negó a curar al señor ese que atropellaron los del tractor ahí por tu casa. ¿Te acuerdas Choni?, fue una semana después de la muerte de su mujer, nosotras estábamos lavando en el río las tripas del marrano que tu marido mató para la fiesta, y hasta allá me fue buscando para pedirme el favor de irle a rezar a la difunta. Sí te has de acordar Chonita, porque a tí te habló primero pensando que eras yo, y le dijistes casi gritando porque el ruido de la cascada ahogaba tus palabras, “que no soy yo, señor; es esta otra”, y me hicistes señas con el mazo de tripas y fui a tu lado.

¡Ay niña, qué mala memoria tienes!, y eso que sucedió apenas hace un mes; si hubiera sido un poquito antes ni te acordaras tampoco quién te sacó de la panza el pedazo ese

de carne de tres meses que te estaba matando el vientre, carajo contigo, eres muy ingrata con tus amigas. A mí se me hace que eso de tu mala memoria es puro cuento tuyo para evadirte de la responsabilidad de tus diabluras. Pero ya no llores pendeja, y ve pensando qué madre haremos con este muchacho antes que regrese el doctor.

¡Míralo, ya vuelve en sí!, tan angustiado, como si la certidumbre de nuestra presencia fuese el motivo para despertarlo de una horrible pesadilla; y ese espumarajo que le sale de la boca no es nada normal, parece perro rabioso. Ahora se rasca desesperado el hueco de la oreja y mira atónito a su alrededor, con los ojos tan abiertos que da la impresión de salirseles de su órbita. ¿Qué buscará? ¿No tratará de reconocer este sitio y se encuentra confundido por tantas cosas desconocidas? Y esa filosa mirada que avienta parece atravesar los objetos de este cuarto y tener el poder de destruirlos. . . , o animarlos, ¡ay no sé! Ven niña, escondámonos mejor en este rincón, tras los baúles, Dios no quiera vaya a salir cierto lo del doctor y sea una imprudencia quedarnos aquí.

¡Ahí está! Observa pues esa inclinación de cabeza sobre su costado derecho. Pobre, se retuerce como víbora apaleada; trata de sacarse algo que no aprecio bien del oído. ¡Míralo mujer!, pero pega bien el ojo al hueco para que lo aprecies mejor y me ayudes a discernir de una vez por todas qué diablos tiene este chico. Sí mujer, ya sé que es muy extraña esta enfermedad pero esto nos dice poco, ¿dormiría alguna vez sobre el suelo y se le metió un milpiés en la oreja? Yo creo que no pues hubiera sentido al menos cierto cosquilleo que lo hubiera despertado y habría indagado luego con algún doctor o curandero, o qué sé yo, puta madre, hubiera buscado la manera de echarlo fuera ¿no crees? ¡Ay Chonita, qué pendeja eres!

Sí señor cura, antenoche se escapó de la casa y hasta ahorita no hemos podido encontrarlo. Ya dimos parte a las autoridades y no hay noticias de su paradero. Es como si se lo hubiese tragado la tierra porque ni rastro dejó; y toda la culpa se la echo yo a ese maldito dolor que le da en el oído. ¡Ay padrecito, perdóneme, pero estoy sumamente afligida por mi hijo! Lo que más temo es que algún des-

trampado me lo vaya a confundir con un loco de verdad y le haga daño. Todavía antier en la noche me pasé dos horas caldeándole la oreja con hojas de maguey. Después de haberme espantado con esos gritos de coyote viejo le exprimí, siguiendo las instrucciones de mi comadre Pilar, el agua morada y caliente en el oído para aliviarle la molestia. Y yo tan sola en la casa porque los muchachos y mi marido se fueron al velatorio del señor alcalde. Yo solitita sin nadie que le agarrara siquiera las manos de ahogado aferradas a las sienes, apretándoselas fuertemente para destripar por dentro esos bichos que sentía arraigados a las paredes del cerebro y le iban comiendo poco a poco las ideas y adormeciéndole los sentidos hasta el extremo de sentir su calavera hueca. Sentía que nada escapaba a las mandíbulas multitudinarias que ocupaban su encéfalo, pues todo arrasaban con su hambre de mastodonte; llegaron hasta el punto de mordisquear —para devorarla ya mezclada con su gargajo verdoso— la interminable tira de la película de su memoria.

Esto pasaba aquella noche en nuestra casa, padre. Sin otro sonido ajeno al de los gritos de mi hijo y la cantilena de los grillos que decidieron acompañarnos y que podíamos percibir al amainar el dolor; entonces sólo quedaba el siseo de su respiración atolondrada y el canto místico de los grillos que fue el signo premonitorio de su transformación en bestia. Si al menos hubiera estado presente mi marido, padrecito, yo le aseguro que él fácilmente lo hubiera aquietado amarrándolo al cabezal de la cama; el muchacho no se hubiese caído al suelo cuando sintió correr dentro del oído malo el chorro caliente del agua morada. Ahí lo tuviéramos todavía aunque sea en el cuarto, pero sin la fatal certidumbre de su ausencia.

Yo misma le arreglaría a diario la estancia, mantendría limpias las paredes de telarañas y polvo, y antes de despertar encontraría el desayuno servido junto a la cama. Pero mi marido no estaba padre, y por eso también escapó el muchacho. Tal vez lo hizo por alguna de las ventanas porque al día siguiente estaban abiertas y al pie de una que da al jardín encontramos rastros frescos de pisadas. Seguramente se encontró solo en medio de la calle desierta, in-

vadido por la angustia de esa noche oscura de septiembre lacerándole el corazón con sus cuchilladas de viento frío, y sin más acompañantes que esas malditas alimañas dentro de su oído. ¡Ay padrecito, si mi marido hubiera estado en casa!

Pero ellos llegaron tarde. Primero entró mi esposo y tras de él los muchachos bostezando de sueño pesado. Yo no quise ir a interrumpirlos al velatorio, y sólo una razón tan fuerte como la que tenía logró impedir mi asistencia al culmen de ese pacto de estimación que nos juramos con el difunto el día que decidimos imprimir en nuestras vidas el sello ineluctable de la amistad. La causa fueron los gritos desgarradores de Lautaro que precisamente empecé a escuchar cuando ellos ya habían partido; yo me retrasé porque la peineta se me extravió en ese revoltijo de cachivaches en que se convierte mi cuarto los fines de semana. Hacía mucho viento esa noche, ¿se acuerda padre, cómo se cacheteaban entre sí los cocoteros mecidos por el viento?

En la madrugada, a eso de las dos, mi marido me volvió a preguntar por el chico y aún conservaba viva la esperanza de que anduviera por ahí tomando el fresco de la noche o marchando con los chamacos de la ronda que ya desde temprano lo habían venido a buscar para ir a cantar-le las mañanitas a una amiga que cumplía años. Yo les dije que él no estaba en casa, y no por impedirle que se largara con la bola pues ya es bastante grandecito, sino porque uno de ellos abrazaba varias botellas de aguardiente; entonces se los negué y ellos se marcharon rasgando sus guitarras sin haber hecho más preguntas que las estrictamente necesarias para saber si él estaba o no en casa. Por eso le dije a mi esposo que el chico andaba paseando por el maleconcito donde pega el aire bien suave y que ya vendría luego, pero en vano esperamos toda la noche y él no regresó. Lo primero que hicimos bien temprano fue hablar con el comandante de policía para que organizara una cuadrilla de gendarmes y nos ayudaran a encontrarlo. Así pasamos toda esa mañana y gran parte de la tarde tratando de dar siquiera con su rastro. Nada. Los policías se negaron a continuar buscando durante la noche por ser fin de semana, además de que sólo trabajaban hasta medio día. Eso fue el sábado.

El domingo, varios vecinos se solidarizaron con la búsqueda y juntos nos fuimos por los pantanos, luchando impetuosamente contra mosquitos y tábanos. Sólo encontramos los rastros de los lagartos que salieron ese día a tomar el sol.

Ya no sé si seguir cultivando alguna esperanza o resignarme a no verlo más. Por eso vengo con usted, padre, para que me ayude con sus consejos que al cabo ese es su oficio. Y si es que murió mordido de nahuyaca, récele las oraciones que encuentre en su biblia para mordidos recientes de culebra; o si en cambio se lo tragó algún lagarto, vaya por favor a hacerle una misa especial a los pantanos y así sabremos cuál de ellos se lo desayunó, porque de seguro las oraciones y el remordimiento lo sacarán de su madriguera, llorando a mares sus lágrimas de cocodrilo arrepentido por haberse comido a mi muchachito del alma.

¡Ay padrecito, es que resulta que yo no soy católica y no sé nada de estas cosas! Sólo sé, y eso por habérmelo dicho mi marido que a él se lo dijeron, que dicen que con la misa, los difuntos encuentran el camino al cielo que perdieron en la tierra por haber extraviado la brujulita que se nos dio al nacer. Ruégole a diosito por su salvación, señor cura; yo en cambio le prometo volverme católica y dar la limosna todos los domingos y fiestas de guardar. Sí, señor cura, y no se lo digo de pura cabrona, sino porque se me sale de mero adentro, de aquí donde me palpita esta cosa retozona que me hace cosquillas.

Ha de ser duro para una madre tener un hijo loco, y peor tantito uno como ese que nos encontramos esta mañana y que le da por golpearse la choropa contra las bardas. Nuestra pobre jefecita murió cuando todavía nosotros dos estábamos saliendo de su útero donde por accidente, por vil y nefasto desvío del destino, nos dejó recomendados nuestro padre infiel. Allí estuvimos zanganeándonos durante los nueve meses del embarazo, haciendo desmadres y chupándole las escasas energías que le faltaron a la pobre para sobrevivir el aciago día en que nos parió. Y nadie a su lado para darle siquiera los primeros auxilios, le aplicara los santos óleos o le rezara al menos. Murió solitaria, cual perro viejo en un rincón desolado; como si ella no fue-

ra un ser humano sino una alimaña ponzoñosa de las que abundan en este pueblo. Miento. Sólo Nisandro y yo estábamos con ella; siempre estuvimos durante todo ese tiempo en su panza, sintiéndonos la mamá de chema por tener la virtud de caminar sin los pies en la tierra. Sí, repito, nos encontrábamos a su lado pero inutilizados, en un ambiente distinto y sin la alberca gelatinosa de su placenta donde nos zambullíamos con tanto ímpetu. Estábamos en este mundo extraño y diferente al de su cálida matriz, pues acababa de alumbrarnos y escasito le dio el tiempo de expulsarnos, mas no de separarnos, porque además nacimos completamente pegados mollera contra mollera y cada quien quería coger por un rumbo diferente, contrario al del otro.

La abuela nos contó hace apenas un año la verdad, a medias, de aquel alumbramiento que tuvo como protagonista a nuestra madre y de mudo testigo la noche lluviosa en una calle desierta. Dijo que también estuvimos a punto de morir de no haber sido por la intervención oportuna de una persona que habló por teléfono a una clínica y que la vió pocos minutos después de expirar, pero ya no pudieron hacer nada por ella porque ya había muerto. Sin embargo, a nosotros nos salvaron la vida. Eso fue allá en la ciudad, a donde la pobre se fue a probar suerte. Luego la abuela nos trajo a este pueblo y aquí nos crió comiendo esa ridícula dieta a base de ranas que capturaba en estanques y posas, y de las apresuradas lagartijas que nos enviaba a buscar a los pantanos; se vio obligada a ir por el doctor porque nos estábamos muriendo y ni ella ni las brujas de sus comadres sabían lo que teníamos en el estómago. El doctor llegó cuando las curanderas trataban de meternos a la fuerza unas cucharadas de algo espeso y horrendo en la boca, pero él las detuvo gritándoles desde el umbral, casi cayéndose por el trancazo que se dio contra el vano de la puerta; “que espérense cabronas, a ver qué es eso”. Y resultó ser que la medicina era pura leche de sapo mezclada con los siete orines de los siete lagartos más viejos que encontraron en la ciénaga. Entonces él las corrió de la casa y a la abuela la amenazó con acusarla con el alcalde si no cambiaba el trato hacia nosotros. Al enterarse de viva voz de Nisandro

acerca de lo que comíamos casi la coge por los pelos.

El tiempo transcurrió y a la abuela si al caso le hizo mella la reprimenda del doctor. Los primeros días nos daba frijoles duros y bolillos hechos piedra, pero en el trato físico fue la misma. Hasta la fecha todavía nos medio mata por cualquier insignificancia. Ahora de seguro estará esperándonos con la verga de caballo, su instrumento de castigo, porque ya se nos hizo tarde y estas malditas chivas que no se llenan. Por eso nos volvimos malos, y de pura rebeldía. Mejor estuvo que se hubiera muerto nuestra madre, así no tendrá que estar soportando toda la vida a un par de gemelos tan traviesos y quisquillosos como ningún humano en la tierra: Nisandro y yo. En el pueblo, la gente, entre ellos el doctor, dicen que somos como un par de palomitas incapaces de hacerle daño a alguien. Pero, a decir verdad, nosotros fuimos quienes la semana pasada les abrimos las jaulas a los leones del circo para que salieran a retozar un rato; estos pendejos, en lugar de coger para el monte por su libertad, irrumpieron en la carpa espantando a la multitud que acudió a la función de las seis. También fuimos nosotros, aunque en complicidad con otros chicos, quienes tiramos el becerro de la tía Chinta al río. Queríamos comprobar la certeza de que se ahogan por el culo. Esto no lo sabe nadie, ni el doctor, mucho menos la abuela. Nisa y yo poseemos el secreto para hacernos invisibles cuando se nos venga en gana; nos lo enseñó el mago del circo, ese viejo pendejo que ahorita ha de estar convulsionándose por la mordedura de la culebra que nos pidió esta mañana le capturáramos en el pantano para la función de la tarde. El nos pidió que le lleváramos una serpiente inofensiva, de las que muerden pero sólo dan escalofríos en el cuerpo. Nisa fue el de la idea de que le jugáramos al viejo una guasa y le lleváramos, en cambio, una nahuyaca. Además fue una nahuyaquita el primer animalucho que encontramos entradito al montazal y no quisimos seguir buscando otro más grande porque teníamos güeva y la abuela nos esperaba para que trajéramos las chivas a pastar.

Ya estamos cansados de soportar a la vieja. Es una mujer infame que se evita de comer carne sólo por no darnos un bocado. De puro cabrón dejábamos tirados estos anima-

les y nos iríamos con el doctor que nos prometió alojamiento en su casa cuando nos cansáramos de esta perra vida, pero creo que mejor sería esperarnos un poco a que se muera la vieja para coger el rancho. Así, sembraríamos maíz y tendríamos algo sano en qué entretenernos para no andar pensando tantas mamadas.

Mientras los dos estamos juntos, espalda con espalda, sentados sobre el pasto amarillento y mirando de hito en hito cómo las chivas buscan la hierba verde y desdeñan los zurcos muertos, pensamos en la suerte que hemos corrido viviendo con la abuela desalmada, sufriendo tanta hambre como humillaciones puede sufrir un vil perro callejero. Al menos a ellos los salva su naturaleza canina, pero a nosotros nos humilla a la vez que tratamos de aferrarnos a una leve esperanza de cambio en la abuela infame. Esto sucede en muy pocas ocasiones, cuando el cuidador del ranchito le llega con la noticia de que “la pinta”, “la huesuda” y “la mala madre” —sus tres vacas preferidas—, le regalaron un crío; entonces la abuela se pone roja de contenta y ordena que matemos un gallo para comérselo en caldo. Luego de la comilona celebrada en grande, no hay otra cosa por hacer durante ese día aparte de limpiar el reguero de plumas en el patio, pues nos encanta desplumar vivos a los gallos. Pero el gusto dura muy poco, apenas lo que tarda el astro rey en asomarse sobre la copa de los abedules y guardarse entre los cerros pelones: un día, una noche; sólo eso. El tiempo suficiente en que nuestra esperanza crece siguiendo el compás atolondrado de la tierra girando sobre su eje herrumbroso. Luego, a la jornada siguiente, vuelta a lo mismo de siempre, acelerando con ímpetu el trabajo atrasado o inventando faenas inverosímiles para tenerla contenta.

Es como si durante la noche, mientras dormimos apacibles soñando con decenas de pintitos, huesuditos o malas madrecitas, a nuestra efímera ilusión le cayera un balde repleto con los sinsabores acumulados durante el día en todo el mundo; reunidos expresamente por unas manos gigantescas para vaciarlos encima de los indefensos gemelitos. ¡Gemelos pendejos! —nos grita— ¡Si han de parecerse tanto para ser tan brutos! Nisandro es el único que le

aguanta. Es tan quieto que no parece matar una mosca, pero él es quien concibe las ideas más estrafalarias habidas y por haber. Cuando la vieja lo regaña, cosa que nunca hace si no va acompañado de un garrotazo en los pies, sólo agacha la cabeza y se va a su escondrijo preferido llorando como maricón. Yo me desquito dándole patadas en el culo a las chivas o desrengando algún becerro que se me atraviese en el camino. Por eso yo soy el que sufre la peor parte del pastel, porque si tantito me llega a coger la abuela por los pelos ya estuvo que me llevó la puta madre acarreando solo el agua desde el río; pesan tanto los cabrones cántaros esos que le regaló su compadre el año pasado que vino a visitarla. ¡Órale mis muchachitos! ¡Lindo par de gemelitos! —nos dice cuando hay visitas—, ¡Váyanse por el gallo gringo para hacerlo en mole que mi comadre ha de traer harta hambre!

Ahí se queda con sus visitas platicándoles el buen trato que nos da, mientras nosotros, al salir por el gallo gringo, nos quedamos tantito detrás de la puerta escuchando la sarta de mentiras que les dice: que si ay comadre; si viera usted qué par de niños tan buenos me tocó criar. Si Dios quiere y este año la “mala madre” no me sale tan arrecha y la “huesuda” engorda un poco más, los voy a enviar a la secundaria para que aprendan a defenderse, aunque no les hace falta porque aquí todo lo tienen. . . pues para que no diga la gente; ya sabe usted cómo hablan tanto. Cosas como éstas escuchamos desde nuestro escondite, que a veces varía de acuerdo con la posición en que el visitante se acomoda en la casa. ¡Qué secundaria ni que la puta madre!, si con trabajo Nisa llegó hasta el tercero de primaria y yo me quedé en parvulito; y no porque sea más bruto que Nisandro, sino porque un día me agarró encabronado y le aventé la mochila de los libros por los pies. Al día siguiente Nisa se fue solo a la escuela y le dio a la maestra el recado de que el Manuel ya no seguiría en la escuela, por razones personales. Todavía me acuerdo del papelito que Nisandro me mostró a hurtadillas. Lo recuerdo bien porque además de chiquito estaba escrito a lápiz, con las letras desordenadas, pero entendibles.

Quién sabe lo que pensará Nisandro ahora que una de

las chivas se nos perdió en el pueblo con la bulla del loco ese. De seguro no querrá regresar a la casa. Es tan miedoso el pobre que hasta siento clarito su temor atravesándome la piel de la espalda. Siento el palpar alocado de su corazón de tortuga aliñada. Me hace recordar la ocasión en que el director de la escuela entró molesto al salón de clases preguntando quién había sido el chistoso que metió un cangrejo vivo en el retrete de las chamacas. Miré hacia Nisa y lo vi temblar de pies a cabeza mientras yo me moría de la risa por lo gracioso que se veía el profesor con la asustada chiquilla en el brazo, quien tenía la pantaletita hasta la rodilla y el crustáceo prendido a su nalga. Fue de pura casualidad que no lo descubrieron porque se hizo el desmayado. Sólo hasta que llegamos a la casa me confesó haber sido el autor de la broma y yo me enojé mucho con él por despreciarme a participar en ella.

Hay que ver el miedo de Nisandro para comprender el ímpetu de una catástrofe; por eso no creo que esté dispuesto a regresar con la abuela, y más ahora que se nos hizo tarde y el cabrón chivo sin aparecer. Creo que lo más eficaz será irnos con el doctor, nuestro amigo, y dejar esto a la buena de Dios. Sí, eso es, ¡Vámonos Nisa!

Mire doctor, esta señora asegura ser la madre del muchacho que le trajimos en la mañana. La encontramos como loca gritando improperios contra Dios y los curas. De estos últimos reprochaba su inutilidad para sacarle un favor a Dios y que no sirven sino para robarse la limosna de la iglesia. La mera verdad fue que nos entró mieditis al verla cómo se arrancaba los pelos de la cabeza y los aventaba al río. A nosotros se nos tiró encima tan luego nos vio, diciéndole a Nisandro “a dónde se había metido mi muchachito lindo que desde el sábado lo busco para lavarle su oído, . . . ándele, dele un besote a su mamacita querida”. Eso le dijo a Nisa. A mí no, me pudo agarrar porque rápido salí corriendo al verla acercarse. Además traía estas hierbas en el rebozo y se las metió a Nisandro en la oreja. Bueno doctor, pero nosotros regresamos a pedirle el favor de hospedarnos en su casa como nos prometió la otra vez, pues resulta que con la pelotera de la mañana extraviábamos varios animales y mi hermano y yo decidimos quedarnos con

usted; si acepta, desde luego. Si doctor, Manuel quiere decirle que si regresamos ahora con la abuela después de perder medio rebaño, seguro que nos matará a garrotazos. Nosotros podríamos ayudarle a curar locos ahora que parece estar de moda, quién quita y algún día nos llegue la abuela completamente deschavetada preguntando por sus gemelitos del alma.

¡Híjole Nisandro, qué bueno sería! Yo hace meses vengo guardando este garrote para anestesiarla de un trancazo.

UNA BELLA PESCA

Para el pequeño David

Partimos muy de madrugada. Después de una hora de preparativos, embarcando las redes y los aparejos a emplear en la pesca de arrastre, el bote surcaba al fin el anchuroso canal de la barra. El personal éramos jóvenes pescadores desparramados a lo largo de la lancha. Dos días antes, don Prudencio, el anciano patrón del equipo, dispuso ir hasta Tupilco porque la pesca en el área donde a menudo trabajábamos escaseó de pronto; era como si aquellos cardúmenes abundantes en días anteriores se hubieran alejado al conjuro de un hechizo o por el pasatiempo imprudente de una colosal criatura al arrastrar sus patas en un bullicio intolerable. Por eso salimos más temprano: había que estar en la nueva zona antes del amanecer.

Desde la proa, con la oreja junto a la madera, escuchaba el golpeteo de olas suicidándose en un mar inquieto. De chamaco, mucho batallé para que el patrón me aceptara entre sus pescadores, pues mi físico, macilento y desnutrido, poco prometía en la faena marítima. Aprovechando su amistad con don Prude, mi abuelo intervino y se me aceptó para achicar la lancha. El viejo Prudencio, ambicioso por obtener siempre a fuerza la mejor pesca y confiado aún en sus ojos gastados, nos exprimía el sudor mandando lance tras lance sin la certeza de si lo que él divisaba a la distancia con el alboroto de las gaviotas, era una mancha de bonitos o vísceras de tiburón que habrían tirado algunos pescadores de altamar y recalaban a capricho de la corriente. (Así ocurrió cierta vez, mientras jalábamos la red, durante varias horas, para sacar sólo un madrero de macabiles podridos y tripas de cherna. ¡Ah!, pero eso sí, venían como cuatrocientos pájaros, entre gaviotas, alcatraces y pelícanos que a poco se dispersaron cuando los tundimos a macallazos.)

El bote se abrió paso bajo un cielo cargado de nubes

oscuras y bajas. El pronóstico del tiempo no señalaba Norte y, sin embargo, una suave brisa se erguía amenazante. No fue así al salir de Sánchez Magallanes, donde el firmamento cundido de estrellas indicaba día bonancioso para la pesca. Aún de noche, lo recuerdo bien, me incorporé sobre la borda y ví aquella estela fosforescente debajo del agua. ¡Íbamos acompañados de múltiples siluetas de tamaño humano que generaban un brillo fulgurante! De momento mi raciocinio fue incapaz de registrar con palabras lo que el instinto resolvió con un grito. Sobrepuesto al miedo, mis palabras surgieron fieles a solicitud de la razón.

— ¡Don Prude! ¡Don Prude, coño! ¡El sábalo! —grité.

El viejo se levantó de prisa. Su esqueleto conservaba todavía un dinamismo envidiable.

— ¿Qué cabrón pasa, Bachicha? —me preguntó, aludiendo al apodo que tanto me emputaba y que me puso el pinche Rosalino.

— ¡El sábalo, don Prude. Es un chingo de sábalo! —le dije. El motorista amainó la velocidad mientras el patrón, con una mano en avizor y la otra sujeta a la borda, dio la orden:

— ¡A la orilla, Rosalino, que se nos escapan! —gritó.

Rosalino cambió el rumbo del bote hacia la orilla y al llegar a buena distancia de tiro, la mitad del personal saltamos al agua con una de las puntas del cabo. Emparejados los extremos, jalamos por espacio de una hora, justo al momento en que la red encalló su copo en la arena.

— ¡Están adentro, mis muchachos! —vociferaba jubilosamente el anciano.

Ya casi amanecía, pero el fulgor del cardumen atrapado fue bastante para percibir el escarceo y el choque de poderosas aletas. Vimos de pronto cabelleras oropeladas sobre el agua y oímos que un zumbido extraño, como el que se escucharía dentro de un caracol enorme, llenó el ámbito. Los muchachos corrieron despavoridos a la playa adentro para refugiarse detrás de las palmeras. Yo quise imitarlos, pero mis piernas se negaron a moverse y una fuerza ajena a mi voluntad me mantuvo estático frente a la red. En ese momento surgieron las fosforescentes siluetas partí-

cipes de aquel sortilegio y dueñas del raro sonido. Se fueron aparejando una a una en línea recta en la playa, y a la orden de quien parecía dirigir las, se me acercó alguien arrastrándose sobre el vientre. Como un resplandor de sol su cabellera brillaba en rítmicas ondulaciones al aproximarse a mí. Intenté de nuevo la imposible carrera, mas tenía los pies clavados en el miedo y no tuve otra escapatoria que cerrar los ojos y esperar.

Mi sorpresa fue mayúscula al sentir una suavidad acariciarme el rostro. Animado por una confianza interior abrí los ojos para encontrarme con la mujer más hermosa de la tierra ¿o del agua? Los primeros rayos de sol iluminaron su cara de nácar y aquella nariz que, en perfecta armonía, coronaba un par de labios carnosos. ¡Y qué decir de sus ojos, luceros de azul aguamarino! No sé ni cómo desapareció el barullo que había hecho correr a mis amigos. En su lugar flotaba ahora una melodía de notas excitantes, surgidas de un hechizo simultáneo a cuyo centro de gravedad era atraído yo cuando me despertó el insoportable olor a pez que desprendía mi compañera. Entonces reparé en aquel medio cuerpo de mujer y animal que tenía enfrente. A no ser por sus pechos memorables, me hubiera parecido un gran sábalo con las escamas duras y plateadas.

—¿Vienes con nosotras? —me inquirió en un español perfecto, luego de reposar la mirada en sus compañeras que cantaron a coro:

¡Ven! ¡Ven! ¡Veeeeennn!

Ahí estaban todas: doce sirenas iguales desparramadas sobre la arena conjurando al unísono esa cantilena que me acercaba poco a poco hacia ellas. De pronto alguien sujetó mi brazo. Era don Prudencio.

—¿No siguió usted a los chamacos? —interrogué.

—He estado junto a tí siempre —me contestó sin inmutarse siquiera.

—¿Las vio? —volví a preguntarle.

—Sí —dijo él. En mi vida de pescador van tres veces que las encuentro. Son doce y no han cambiado en absoluto. Ignoro cuántos mares y océanos habrán batido ya sus colas enormes; viven en las profundidades, pero al arribar a la costa causan estragos porque ahuyentan a los peces.

—Pero, ¿son como nosotros! —dije.

—Así es muchacho —asintió él. Sólo que ellas tuvieron la desgracia de hacerle una jugarreta al Diablo, y ésta fue su paga.

Mientras don Prude seguía hablando me volví hacia la orilla. Las sirenas habían desaparecido y junto con ellas el tufo aquel. Embarcamos las redes y hasta medio día, lance sobre lance, fue imposible capturar un pez bueno. Nuevamente entramos por el canal y vi las olas despedazarse contra las escolleras.

A la mañana siguiente el pueblo amaneció envuelto en un nauseabundo olor a marisco en descomposición. Era tan fuerte el mal olor que la gente, por temor a un contagio, se encerró en sus casas sellando puertas, ventanas y todo agujero a través del cual éste pudiera colarse. Los niños no asistieron a la escuela, y en su carricoche pasó el delegado municipal informando, a pulmón en boca, la suspensión de toda actividad hecha a la intemperie hasta nuevo aviso. Las mismas frases machacadas hablaban de encerrar a todo animal útil al hombre: a las vacas, porque la leche podría contaminárseles en la ubre; a los perros, temiendo la pérdida de su olfato, y, en general, a todo cuadrúpedo doméstico, menos a los gatos, para comprobar aquello de que tienen siete vidas. Era tanto el bullicio dentro de las casas que, de no estar en pleno siglo veinte, bien hubiera podido pensarse en modelos a escala del Arca.

Yo sentí el tufo otra vez desde la hamaca del traspatio donde pasé la noche; venía del mar, empujado por el corcel de una brisa matutina dando coces en un desesperante afán de regarlo por el pueblo. Me levanté de prisa y fui a la playa. Ahí estaban los doce cadáveres sobre la arena, hinchados y con el cuerpo lleno de hoyos de arpón. Un mismo gesto de horror se observaba en sus rostros, hermosos a pesar de la angustia en ellos plasmada. Las olas movían un poco los cuerpos, a los que les salían unas hilachas de sangre. Todo el día se pasaron así las sirenas tiradas porque nadie se atrevió a ir a verlas, ni siquiera don Prudencio ya que la víspera sufrió un infarto mientras soñaba con toneladas de sábalo (eso alcanzó a contar conforme se moría) y ahora lo velaban en su casa.

Al caer la tarde regresé a casa por una pala y un cabo para enterrar los cadáveres. Antes los cubrí con pencas de palma a fin de que no se avalanzaran sobre ellos los chombos que ya rondaban cerca. Vanamente recorrí las calles del puerto pidiendo ayuda para mi labor, pues ningún miserable se compadeció; sólo escuchaba los comentarios hechos en voz alta detrás de las puertas: según ellos, yo estaba loco y tenía pacto con Belcebú. Sin más, arrastré los cuerpos playa arriba. Hice un agujero profundo y los enterré.

La calma volvió al puerto pero yo continuo percibiendo ese olor cada vez que duermo en el traspatio. Me parece escuchar, además, la misma melodía excitante envolverme con su hechizo. No sé qué me pasa desde entonces, lo cierto es que quince años después de aquel suceso ya son incontables las ocasiones en que, dicen, me han encontrado hablando solo en la playa al amanecer. Hoy por la madrugada, mientras dormía en la hamaca debatiéndome contra una pesadilla horrorosa, me levanté sobresaltado por el deseo incontenible de estar en un lugar donde hubiera muchísima agua, y una nostalgia de profundidades marinas, de lejanos amaneceres sobre arenas de oro, llenó mis venas. Siento también un peso enorme en las extremidades inferiores y veo que en la pierna izquierda me han comenzado a salir grandes costras ovaladas y brillantes, como escamas de sábalo.

EL GRITO

Desde la antevíspera las campanas del Palacio Municipal estuvieron doblando a muerto en memoria de los héroes nacionales acaecidos en la batalla de independencia. La noche del 15, el alcalde Homero Canales estaba en casa de su concubina imitando en lenguaje hermético el trabalenguas que la mulata le había dejado como tarea la vez anterior para que pudieran revolcarse esa noche. Iban a dar las doce cuando una turba desaforada irrumpió en las oficinas de la delegación municipal. Don Amparo Dix, un comerciante argentino de ollas de peltre que había hecho fortuna en el pueblo con el nuevo invento de los trastos irrompibles, iba al mando del grupo.

—¿Y Don Homero?— preguntó a un policía que ojeaba el último bestseller policiaco recostado en una silla a la pared, indiferente a la magnitud del evento.

—No ha venido en todo el santo día —contestó el hombre—. ¿Ya lo buscaron en su casa?

—De allá venimos y nos dijo su esposa que salió como a las diez y venía para acá —comentó el negociante.

El policía terminó de leer el primer capítulo de la novela y al comenzar el segundo exclamó airoso: —¡mamones, vuelven a repetir lo mismo!—, y dejó el texto en el asiento de la silla.

Siguiendo las órdenes de don Amparo Dix, el tumulto, en su mayoría personas con empleo en la receptoría de rentas, el registro civil y la propia oficina de la delegación, se dispersó en pequeños grupos con la comisión de encontrar al alcalde en los posibles lugares que sus olfatos de sabueso les indicara. El viejo se quedó con dos de las personas del grupo quienes no tenían sueldo en la delegación, pero que lo ayudaban en el negocio. Nervioso se frotó las sienes por un momento, sólo el tiempo necesario para asesatar la tarascada fatal a la intuición.

— ¡Vamos con la querida! —dijo. Seguramente estará empiernao.

Cruzaron de lado a lado la pequeña plaza atiborrada de gente que desde temprano comenzó a llegar atraída más por el baile que por el grito. Ya en el otro extremo, cerca de la laguna, aún percibían el ruido de varias lanchas con pescadores que venían de las riberas, no tanto por la pompa como por ahorrarse el pasaje gratis que les pagaba el municipio con motivo de la fecha, para hacer sus compras a la mañana siguiente.

Los ruidos del pueblo quedaban muy atrás de sus espaldas. Avanzaron a través de un camino estrecho, ladeado de matorral hirsuto donde ya no había luz eléctrica, pero una luna gorda en prodigios luminosos los guió hasta llegar a una choza pequeña, de palma real y pencas de guano en el techo. Un perro les ladró desde el fondo del patio cercado de tasistes; sin embargo, ellos avanzaron hasta la tapia. El animal calló al reconocer a don Amparo y en su lugar quedó la monótona cantilena de los ortópteros, producto del alocado movimiento de sus alas.

Creyéndose anunciados por el sabueso, esperaron un momento a que alguien saliera de la casa. Debía haber gente, pues a través de las rendijas de la madera se fugaba la mortecina luz de un quinqué. Como nadie salió, Don Amparo, preocupado al máximo, gritó:

— ¡Tongolele! ¡Estás ahí mulata!

La puerta se abrió y la silueta de una desproporcionada mujer se recortó en el espacio anegado de luna.

—Qué hay viejo Dix —contestó la mujer.

—¿Está mi compadre Homero contigo —interrogó el hombre. Por Dios que si es cierto, háblale enseguida mulata —suplicó luego.

Pero el alcalde no lograba repetir aún el trozo del trabalenguas en cuestión. Era un trabalenguas difícil, formado con retazos de palabras fugaces en el clímax del apareamiento que la mulata ordenó para evocar la imagen de un negro de Curazao que había sido su marido hasta que una mala noche una tempestad lo desapareció en el mar. La mujer gustaba de hacer sufrir a los incautos que se mataban por sus proporciones por decenas, hasta que no le repitíe-

ran completamente el párrafo. Con todo y su investidura de máxima autoridad en el puerto, don Homero no quedó exento, como lo hiciera muchas veces en los exámenes de la escuela, de aquella prueba inverosímil y laboriosa.

—Ni aunque fueras diputao o te llamaras Pancracio— le dijo un día la negra cuando éste le pidiera en adelanto la pruebita de su amor negro y ardiente. Pero si quieres ganártela —continuó ella—, tienes que demostrar primero ser tan hábil con la lengua como en la cama. Desde entonces el alcalde no había podido repetir siquiera la primera línea. Esa noche, al punto de dar las doce campanadas, estaba bocarriba sobre el catre de yute sudando a mares en su delirio de marido prestado, cuando la mujer habló:

—Alcaldeee —dijo en falsete—, ahí te buscaaannn.

— ¡Quién carajos! —preguntó él.

—Don Dix —dijo la mujer, recobrando el tono normal de su voz mientras, llevada por la costumbre se ponía un invisible en el pelo.

Al escuchar el nombre, el funcionario se puso de un salto fuera de la cama y de otros dos estuvo en la puerta, donde apenas cabía por lo grueso de su panza.

—¿Qué hay compadre? —preguntó, encaminándose a la cerca.

—Ya ni la amuela —dijo el otro. La gente lo espera en la plaza para que de el grito y usted tan campante aquí.

Los muchachos, hasta entonces al margen del diálogo, se acercaron a don Homero. Uno de ellos, el más alto, le dijo al oído algo que ya todo el mundo sabía:

—Vino un representante del municipio con su esposa.

— ¡En la madre! —gritó el funcionario. Vámonos rápido antes de que me vuelen la chamba.

Llegaron justo al tiempo en que el representante del gobierno improvisaba un discurso alusivo al grito de independencia. El hombre los vio aparecer abriéndose paso entre las filas de mesas, y en más de una de ellas tiraron al suelo los envases de cerveza. El grupo se detuvo antes de llegar al estrado, no porque se los impidiera el obstáculo de las mesas, sino porque el orador terminaba ya su perorata. Después del grito, la fiesta se prolongó hasta el amanecer. Fue una borrachera tremenda. Al día siguiente la plaza

amaneció inundada de latas de cervezas y platillos de cartón donde se sirvió la barbacoa: un completo basurero que los policías, bien temprano, se apresuraron a limpiar porque ahí debía concluir el desfile. Se supo que los pescadores de la ribera, los de las lanchas atiborradas, se pusieron hasta “las marras” con el dinero de las mercancías y andaban como locos haciendo escándalo por las calles, peleándose con cuantos encontraban a su paso.

El desfile comenzó a las nueve. De pronto, como si una tempestad nos visitara por el lado del mar, las calles del puerto se vieron repletas de chicuelos, algunos con uniforme nuevo y almidonado, y otros con los mismos calzones relavados que usaban de ordinario en la escuela. Todos, al menos los niños, con la firme convicción de evocar un acto tan relevante en la historia del país.

Los infantes de marina ¿niños marineros?, llevaban el tren del desfile dándole duro al cuero de sus tambores en un “tan tararún tan tan” que se escuchaba en todo el pueblo, y hacían demostraciones quijotescas al aire libre con sus máuseres que espantaban a los niños desparramados a lo largo de las calles o estratégicamente acomodados en las marquesinas de las casas. Después de los militares marinos seguían los muchachos de las secundarias —no había preparatorias y los alumnos tenían que trasladarse hasta la capital del estado para continuar sus estudios. Los de enseñanza primaria iban en tercera posición y no alcanzaba la vista para distinguir dónde terminaban éstos y dónde comenzaban los bandos de las academias comerciales. Era incontable el número de jóvenes que se preparaban para una profesión inconclusa: muchos de ellos por falta de recursos económicos e instituciones, en lugar de continuar sus estudios preparatorios, preferían desafiar los peligros del mar.

El alcalde del pueblo desfilaba también con su comitiva de funcionarios menores portando él mismo una bandera arrugada y descolorida que los policías se apuraron a sacudir por la mañana. Al doblar una calle don Homero aprovechó para darle la enseña nacional a su compadre que desfilaba junto a él.

— ¡Tómala viejo! —le dijo. Me está matando la cruda y voy a orinar.

El desfile terminó a las once. Los niños, sedientos, fueron los primeros que rompieron filas abalanzándose sobre los puestos de refrescos y arrollando en la carrera a los venteros de raspados. El alcalde quemó personalmente una docena de cohetes en la plaza y varios de los proyectiles cayeron en la laguna sin explotar. Los soldados hicieron disparos al aire y luego de romper fila con toda rigurosidad, se marcharon al cuartel cerca de la playa a cuidar el mar para que no se lo robaran los filibusteros.

La plaza terminó de despejarse por un aguacero repentino. Tres días después la lluvia seguía cayendo precipitadamente. Don Homero, desde el balcón de su casa observaba los chorros que caían del alar. Su esposa se le acercó cuando éste comenzaba a adormecerse arrullado por los recuerdos de la mulata.

—¿No vas a ir hoy a la delegación? —le dijo la mujer acariciándole el pelo.

—A qué carajos —contestó éste con cierta melancolía—, si ya me corrieron.

Pasaron la tarde haciéndose el amor entre una nube de comejenes que entraron al cuarto por la ventana abierta. Por momentos el alcalde se sentía feliz sumergido entre los estragos del ejercicio y dejaba escapar de vez en vez algunas frases incomprensibles que trataban de aliviarle una frustración reprimida.

—¡A la mierda con los trabalenguas —murmuró. Esto es lo mejor que puede haber, más que la propia política con su maraña de complicaciones y me lo estaba perdiendo.

—Qué —dijo ella besándole el tórax.

—Olvidalo —contestó él, devolviéndole la caricia y se revolcaron de nuevo.

A la semana siguiente, después de siete días de lluvia intensa, las golondrinas volaban a buena altura anunciando el término del mal tiempo. En el muelle se reanudaron los trabajos de carga suspendidos por los fuertes vientos y en el primer barco cargante de los cuatro que se hicieron a la mar ese día, vieron subir al alcalde en compañía de la mulata. Fueron felices del otro lado del golfo y él ya no tuvo que romperse la madre descifrando el trabalenguas histórico que dejó muchas muertes y matrimonios dividi-

dos en aquel feliz puertecito de la mar oceána, hasta esa inolvidable y calurosa mañana de abril cuando bajara de un barco de paso aquella silueta morena salamereando coquetamente sus proporciones por toda la calle principal y colocó su gabinete de operaciones en una choza a la salida del pueblo.

Y TODO POR CULPA DE ESE PEZ

Cuando el pez cintilla comenzó a venderse a buen precio en la capital de la república no hubo, por ese entonces, embarcación alguna que se quedara sin oficio en el puerto. Lanchones, canoas, piragüas y hasta improvisadas embarcaciones de espuma, se hacían a la mar hasta una profundidad de cuarenta brazas para capturar el codiciado pez.

Terminaba junio y hacía buen tiempo aún. Una semana antes estuvo soplando un viento del noroeste, pero suave y no quisquilloso para la pesca. Ese día, cuando los permisionarios de mariscos dieron a conocer el buen precio a que se cotizaba este pez que hasta entonces no tan sólo no era comestible por su parecido a las culebras, sino que además los tendaleros le tenían coraje porque sus filosos colmillos destrozaban las redes, mucha gente pensó que se les estaba tomando el pelo. Sin embargo, la noticia resultó cierta y a Yanuario Madariaga le sorprendió extrayendo la pulpa de los caracoles que ese día buceara en Pinzón. Yanuario era un muchacho audaz que a duras penas completaba los doce años de edad, pero la novedad lo estremeció tanto o más que a la gente adulta. A diferencia de los niños del vecindario que preferían el estudio a ilusiones de mayores, él vivía siempre con la idea de pescar en altamar.

Esa tarde, al escuchar la noticia de viva voz del tío Noé, el niño dejó sus caracoles y se escabulló entre el grupo de pescadores, quienes contaban con frenesí la perspectiva de bonanza a la mañana siguiente.

—Monte Judas pagará a ciento ochenta pesos el kilo —dijo uno de los hombres.

—A mí me dijeron los Curvas que don Esteban tiene el precio de trescientos con tal de acapararlo todo —comentó otro, un muchacho que remendaba una atarraya en un extremo del tapanco.

Don Noé, el más viejo de los ahí reunidos, permanecía

al margen de la charla. Miraba inquieto las pencas de los cocoteros mecerse por una suave brisa del norte. Moría ya la tarde en destellos carmesí y en el cielo los pelícanos y las gaviotas se recogían para pasar la noche en “el pajaral”. Don Noé vio que las llamadas “tijeras” suspendían su caprichoso vuelo de dejarse llevar por las corrientes de aire y acompañaban a las otras, sólo que más alto, a donde a ellas les encanta revolotear mientras tienen el buche lleno.

El viento arreció un poco y entonces el viejo pescador que en muchas ocasiones superó su propio récord en la captura del tiburón cuando éstos se cotizaban alto —porque en un continente lejano a unos diminutos seres de ojos rasgados, pero podridos en billetes, se les metió la zoncera de que con el extracto de hígado del escualo podrían no tan sólo crecer en tamaño, sino de paso hacerse de los ojos más hermosos del mundo —interrumpió la plática animosa.

—No se hagan ilusiones —dijo—, va a ver norte. Y señaló con el índice las palmas y algunas nubes que correteaban en el cielo.

—Yo escuché el tiempo a las tres, y no anunciaron norte —comentó Yanuario, creyendo ser útil en la plática adulta.

—¿Quién más escuchó el pronóstico? —preguntó el viejo a los demás.

Nadie contestó. Algunos se refugiaron bajo el pretexto de remendar sus redes, y otros simplemente evadieron la pregunta silbando una canción ignota.

—¡Cabrones! —dijo don Noé—, pues qué clase de pescadores son ustedes que no escuchan el tiempo. Pónganle más interés a su trabajo, carajo.

El aplomo de su voz llevaba el peso de una gran experiencia que como el mejor pescador del puerto lo distinguía. Además, muchos de los ahí presentes habían recurrido a sus sabios consejos de conocedor inigualable en el oficio de la pesca de altamar y lo respetaban. Incontables veces el viejo logró torcer el destino de las mantarrayas que lo seguían desde mar adentro haciéndolas entrar al puerto a través del ancho canal con la música de notas extrañas que el viejo producía con el chasquido de sus remos; ya truncada su navegación en los bajos, los hombres se

abalanzaban sobre ellas con sus arpones tortugueros. De esta forma el viejo aseguraba la carnada de los tiburoneros para el día siguiente. Por eso era querido en el puerto, porque además de alguna forma contribuyó a que en muchas casas pudieran darse el lujo de tener cosas que nunca podrían haber tenido sino fuera por el remunerado precio del animal que no comía; por ese entonces, más carnada que la apetitosa carne de las mantarrayas.

Yanuario se acercó a su tío y ratificó lo antes dicho por él sobre el tiempo. —Ahora recuerdo —dijo—, que el locutor mencionó que la “estada” cambiaría al norte en el transcurso de la noche.

—Gracias hijo —contestó don Noé acariciándole el pelo rojizo desteñado por el salitre—, pero vete a sacar tus caracoles o se te apestarán —continuó.

El viejo habló otros minutos con los pescadores y cuando las parvadas de aves dejaron de pasar, les dijo:

—Si el viento amaina en la madrugada, nos iremos a chingar las cintillas. Ahora váyanse que quiero ver el beisbol en la tele y debo cerrar el tapanco.

—¿Quién juega? —preguntó el muchacho de la atarraya.

—Los Dodgers, y pichea Valenzuela —contestó don Noé—, pero no te recomiendo que le apuestes a favor —ratificó— porque el zurdo anda de malas y te quedarás sin billetes para pagarme los rollos de sedal que me debes; mejor vete a dormir que si el viento es bueno vamos a tener mucho jaleo mañana.

Los hombres se dispersaron cada cual a través del atajo por donde habían llegado. Yanuario terminaba de sacar sus pulpas cuando su tío le habló:

—Vamos a casa, hijo, debes meter la pulpa en el refrigerador y mañana la vendes en la nevera de Trompito quien paga mejor.

Atravesaron el patio que dividía el tapanco de las casas y al pasar al pie de una palmera, una penca seca les cayó a un lado.

—No servirá el viento —dijo el viejo.

—No digas eso tío. Yo quiero ir contigo a la cintilla —murmulló el muchacho.

—Es peligroso —contestó don Noé. El mar es sólo para

los mayores y tu estás muy escuincle aún. Mejor sigue buceando tus caracoles.

—Es que tengo miedo, tío.

—¿Por qué?

—En la mañana, siguiendo el rastro de uno grande, me espantó un balá —se quejó Yanuario.

—De seguro fuistes otra vez a Pinzón —comentó el viejo.

—Sí tío.

—Ya te he dicho mil veces que mejor bucees en el arroyo de Chicozapote, ahí no hay peligro de esos animales.

—Pero es que en Pinzón es donde hay más rastros —dijo el chico.

—Bien. Sólo porque te has portado como un hombrecito dándoles la muestra a esos pendejos desinteresados, te llevaré. Si hace buen tiempo te despierto a la madrugada, ¿eh? —le aseguró el tío. Y se fueron, cada quien a sus casas.

El muchacho pasó la noche inquieto. Escuchaba el ruido de las pencas cachetearse unas contra otras y odió al viento que seguramente a esas horas tenía ya el mar picado. De todos modos no quería dormirse y temprano se fue a la cocina a prepararse un café cargado para matar el sueño. Había visto hacer eso a su difunto padre varias veces antes de irse a la pesca del camarón nocturno, y de él aprendió el remedio para espantar el sueño sin tener que estrangularlo.

De amainar el viento y no quedarse dormido, sería esa su primera aventura en altamar, y un millón de ilusiones ametrallaron su pequeño cerebro aumentando el efecto del café. La casa del tío estaba junto a la suya y en las primeras horas escuchó el relajo del beisbol en el televisor de transistores. —“Seguramente el viejo se dormirá cuando vea que el juego es aburrido y podré ir a apagarle el aparato y quedarme a su lado para que en la madrugada me despierte” —pensó el niño. Pero su pensamiento se disipó al sentir al viejo levantarse y desenchufar el televisor.

—Mierda —escuchó claramente. Después vio apagarse la luz.

A media noche el viento cesó y en su lugar quedó el ruido de los grillos invadiendo el silencio. Yanuario comenzaba a dormitar sentado en la cama; su madre, desde

el cuarto adjunto, le habló con voz molesta, como si alguien la estuviera apurando.

— ¡Acuéstate ya, chamaco, y apaga esa luz que no me deja dormir —escuchó él.

El niño accionó el apagador y vio el reflejo de neón del artefacto en la oscuridad, pero no se acostó; lo que hizo fue reclinar una silla a la pared y se puso a escuchar la canción interminable de los ortópteros. Horas después, cuando el efecto del café se agotó en su cuerpo, se quedó dormido y con los brazos a ambos lados de la silla.

A la mañana siguiente lo despertó el ruido de las gallinas en el patio. De repente abrió los ojos molesto por el reflejo del sol que entraba al cuarto a través del ventanal abierto.

— ¡Santo Dios! —gritó. ¡Ya me dejaron!

Su madre lo vio correr hacia el paso en donde ya no estaban las embarcaciones. Sólo su cayuquito permanecía en la arena y hasta ahí llegó el chico. Ella lo vio luego mirar con tristeza hacia el canal. Tenía los ojos bañados en lágrimas y su madre, al acercársele, le preguntó:

— ¿Qué te pasa, hijo?

— ¡Nada! —contestó iracundo el niño.

— ¡Cabrón grosero! —dijo la mujer. Así le contestas a tu madre.

— Anoche vi otra vez a ese hombre meterse a tu cuarto —contestó lloriqueando él. Eran como las tres.

— ¡Bah, tu sueñas! —murmuró ella.

Yanuario desvaró su cayuquito, puso la vela remendada en la carlinga y comenzó a alejarse. Su madre, preocupada le gritó.

— ¿A dónde vas, hijo?

— Me voy al arroyo de Pinzón y no me esperes más —dijo él.

Se alejó de la orilla hiriendo intempestivamente la quietud del agua con la paleta de su remo. Avanzó más aprisa cuando la vela se hinchó de aire. Avanzó y avanzó hasta que el velero fue sólo un puntito blanco entre todos los puntitos blancos que había en el horizonte, y tratar de divisarlo lastimaba la vista. Yanuario nunca iría a altamar, al menos hasta que la suerte le cambiara porque al día siguien-

te el precio de ese pez artificioso bajó de pronto y nunca más volvieron a comprarlo. De esta forma, los pescadores tuvieron doble motivo para odiar al pez cintilla.

LA NIÑA QUE MOLESTABA AL PERICO

Esa noche, cuando en apariencia todos dormían ya en casa, los efectos del alumbrado público penetraban a través de las rendijas descubriendo en el interior una sombra sigilosa salir de uno de los dormitorios. El bulto, que andaba de puntillas, se alargaba por la luz y bien valía la comparación con la silueta de una mujer escuálida. Como culebra se escurría unos cuantos metros aquella sombra suspicaz, lenta y con notable timidez, y al cabo de unos segundos de recorrido quedaba quieta, como si fuese un muñeco mecánico al que repentinamente se le terminara la cuerda. Luego se volteó con un movimiento brusco del cuerpo para percatarse si alguien la seguía, y después reanudó su marcha rumbo a la cocina. Al llegar a ésta pudo percibirse, en medio de aquel silencio salpicado a cantilena de grillos, el ligero murmullo de una puerta que se cierra con cuidado para no atraer la atención.

Allí estuvo varios minutos confundida entre las siluetas de los objetos sobre la mesa que intempestivamente cambiaron de posición conforme unos brazos largos, buscaban sin encontrar alguna pieza específica entre la maraña de utensilios de cocina que reflejaban su forma al amparo de la débil luz. Finalmente la sombra aquella no pareció encontrar su objetivo y frustrada accionó el apagador eléctrico. La luz nueva humillando la anterior claridad, invadió en un santiamén el cuarto de cocina y fue entonces que los objetos fueron en su totalidad perceptibles sobre una larga mesa de madera: ollas de barro de diversas formas y tamaños, palanganas de plástico, platos regados, y muchos vasos en aparente orden de colocación.

Rubicelia tenía puesto aún el índice sobre el apagador eléctrico y miraba con enojo hacia la mesa donde, junto a tres cazuelas de barro, se encontraba una jaula enorme con un perico crestiamarillo adentro. El ave cerró los ojos en-

ceguecidos por la luz repentina. Rubicelia continuó mirándolo en silencio, con la misma expresión que normalmente hubiera empleado cualquier perro que estuviera sacando la lengua.

Vestía un raído camisón de dormir y traía el pelo suelto cayéndole sobre la cara. Nunca antes ojos algunos brillaron de tanta rabia como cuando la chiquilla se apartó con ambas manos los cabellos del rostro y dejó al descubierto el par de chispeantes pupilas. Caminó lenta pero firmemente hacia la mesa midiendo sus pasos, hasta que por fin llegó a la orilla.

Con los pulgares descorrió la puertecita alambrada, sacó de la jaula el bebedero del cotorro y cogiéndola luego por la argolla se echó la pajarera a la espalda. El ave quedó entonces prendida de una pata a la barra de madera que le servía de columpio y aleteaba en desesperantes esfuerzos por mantener el equilibrio. Después, con ayuda del pico logró finalmente incorporarse y vio una larga espalda apresurarse por salir de la cocina y apagar la bombilla eléctrica.

En su habitación, la niña buscó a tientas la cajita de los fósforos para encender una vela y sin darse cuenta tropezó con la jaula que había sobre el piso, produciendo un claro ruido de metal. Nada sucedió entonces sino hasta después de encontrar los cerillos y escuchó la voz de su madre en el cuarto contiguo.

—¿Eres tú, Rubí? —dijeron, y luego —¿Quién anda ahí?

Al no haber contestación a aquella voz ocupó su lugar un ronquido suave, como el ronroneo de un gato, sólo que más fuerte, de mujer durmiendo. Rubicelia metió sigilosamente la jaula del cotorro bajo su cama y después de acostarse, tres horas más tarde, todo estuvo quieto en la luminosidad estéril de la habitación. El ronquido desapareció y fue capaz de escucharse el ruido del silencio triturar el tiempo en el trapiche de sus notas.

Amaneció con la bulla de las aves de corral en el patio. Con una cara de sueño Rubicelia se esmeraba en el cumplimiento de la rigurosa disciplina impuesta a diario por su despiadada madre. Doña Plácida la llamó desde una puerta y Rubicelia fue a reunirse con ella.

— ¡Ven, sígueme! —la oyó decir.

Al pasar por el caidizo, la niña dejó la cubeta del alimento sobre el fogón, entraron en la cocina y doña Plácida le mostró la jaula del perico con el animal desplumado y temblando de frío.

—¿Qué significa esto? —le preguntó.

—No sé.

—Sí sabes porque anoche escuché ruidos en tu cuarto y en la cocina— dijo doña Plácida.

—Pero yo estaba durmiendo —aseguró la niña.

La mujer abrió el portillo de la pajarera y ofreció el índice izquierdo al animal que se apresuró a encaramarse. Lo alzó para estudiarlo a trasluz y murmuró: —pobrecito, he de saber quién te hizo esto.

—Pudo ser el gato, mamá —dijo Rubicelia mientras veía los movimientos del brazo de su madre que subía y bajaba estudiando ciertos rasguños amoratados en la cabeza del ave. —Yo sigo pensando —continuó la niña—, que esos rasguños se los hizo el minino o algún ratón.

Doña Plácida la miró de soslayo con una carga de malevolencia en los ojos, como si la niña no fuera su hija.

—En esta casa no hay gatos y a los ratones hace tiempo que los exterminé con veneno —dijo, tomando tan fuerte a la niña por el brazo que se oyó un crujido de huesos.

—¿Qué no sabes, pendeja —le gritó ya enfurecida—, que los pinches ratones no se meten a las jaulas y además no rasguñan, sino muerden?

La cruel mujer daba a la niña cintarazos con una correa de cuero cuando llegó Rumualdo, su esposo, que una hora antes había ido a sacar ostras al lago. Era un hombre supersticioso, a quien la vida favoreció con un rostro bello y el cuerpo más atlético de todos los pescadores de aquel puerto. Como el resto de sus hermanos, tenía la costumbre de volver siempre hasta tres veces antes de irse definitivamente. Esta vez lo hizo por el traspatio y al atravesar el pequeño jardín de la casa escuchó el llanto de la niña.

—¿Qué te pasa hija? —preguntó al escuchar la bulla.

—¡Nada que te importe mucho! —contestó una voz molesta detrás del caidizo. Era su mujer, que sujetaba a la pequeña con un brazo mientras que con el otro blandía

la correa de cuero.

— ¡Ya déjala, carajo! —gritó Rumualdo bajo el umbral de la puerta.

— ¡Papacito —murmuró la chiquilla, llorando—, fue el gato!

— ¡Mentira! —inquirió la mujer —Esta cabrona tiene la mala costumbre de desplumar al perico todas las noches y ayer llegó al colmo.

El incidente quedó resuelto a condición de que la niña no volviera a molestar al ave. Varios minutos después en alguna parte dieron las ocho de la mañana y en un radio de transistores una voz eructaba las primeras palabras del programa. El locutor, con marcado acento de modorra, habría las transmisiones matutinas con el usual saludo de “buenos días, raza” y luego de unos minutos de fondo musical, fueron dadas por el mismo locutor, las noticias putrefactas del día anterior. Rubicelia estaba nuevamente en el patio alimentando a las gallinas.

—Deberías estar en la laguna —murmuró doña Plácida a su esposo.

El hombre pareció no escucharle, absorto en el espectáculo que presentaba su hija, quien con su cuerpo macilento permanecía en medio del paroxismo gallináceo.

—Es que se me olvidó la atarraya —dijo al fin.

—El pinche día en que a tí no se te olvide algo, será que voy a enderezar la conducta de esa pillá. Siempre llegas en el momento oportuno.

—Eres muy dura con ella, parece como si no la hubieras parido con tu dolor —dijo él.

—Y tú le haces más daño al consentirla hasta ese extremo —contestó ella.

Rumualdo fue a la cocina en busca de la atarraya olvidada y salió a pescar. Tres horas después por el camino de regreso se encontró con la mujer de un amigo suyo. Ésta traía en las manos una jaula de regular tamaño con un perico desplumado adentro; Rumualdo pensó que no tenía por qué ser el mismo animal de doña Plácida, pero ya en su casa sí se llevó realmente una sorpresa: la niña y la madre jugaban felices en el patio, parecían dos chiquillas.

—¿Y ahora qué?— preguntó.

—Como ves— dijo la mujer. He perdido un perico, pero en cambio gané a una hija.

Al pasar de los meses la misma mujer volvió a llevar al perico crestiamarillo a la casa de Romualdo. Tenía las plumas renovadas y era tan verde como las esperanzas de aquella alegre familia. Rubicelia jamás volvió a molestarlo y fueron grandes amigos. Rumualdo nunca entendió lo que había hecho cambiar la conducta de su esposa y sólo se limitaba a murmurar siempre que recordaba el suceso:

—¡Estas vainas de mujeres!

ÍNDICE

El tiburón y el pez sierra	7
Fatal retraso	13
La caja.	29
Un día festivo	36
La florista engañada	41
El loco.	46
Una bella pesca	61
El grito	66
Y todo por culpa de ese pez	72
La niña que molestaba al perico	78

La caja y otros cuentos de José Darío Gutiérrez se terminó de imprimir en el mes de agosto de 1988 en los talleres de Aries al Instante, S. A. de C. V. Colombia núm. 5, México 06020, D. F. La edición consta de 2000 ejemplares y estuvo al cuidado de la *Dirección de Literatura del INBA*.

GOBIERNO DEL ESTADO DE TABASCO

Lic. José Ma. Perálta López
*Gobernador Constitucional Sustituto
del Estado de Tabasco*

Lic. Humberto Mayans Canabal
Secretario de Gobierno

Lic. Guadalupe Cano de Ocampo
Secretaria de Educación, Cultura y Recreación

Lic. Laura E. Ramírez Rasgado
*Instituto de Cultura de Tabasco
Dirección General*

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Manuel de la Cera Alonso
Director General

Víctor Sandoval
*Subdirector General de Promoción y Preservación
del Patrimonio Artístico*

Jaime Labastida
*Subdirector General de Educación
e Investigación Artística*

Raymundo Figueroa
Subdirector General de Difusión y Administración

Felipe Garrido
Director de Literatura

BIBLIOTECA BÁSICA TABASQUEÑA

Serie Antologías

Antología folklórica y musical de Tabasco, Francisco J. Santamaría y Gerónimo Baqueiro Fóster

Tabasco, textos de su historia, Ma. Eugenia Arias, Ana Lau y Ximena Sepúlveda

La Bohemia Tabasqueña, autores y obras, Gerardo Rivera

Por la ruta histórica de México, Centroamérica i las Antillas (volumenes 1 y 2), Marcos E. Becerra

Serie Literatura

El libro vacío, Josefina Vicens

Melancolías y procelarias, José María Pino Suárez

Un niño en la Revolución Mexicana, Andrés Iduarte

Serie Tradición

El caporal. El trabajo empírico en el campo de Tabasco, Manuel Gil y Sáenz

Serie Ensayo

José María Pino Suárez, Diego Arenas Guzmán

Serie Monografías

Las tierras bajas de Tabasco en el Sureste de México, R.C. West, N.P. Psuty y B.G. Thom

COLECCIÓN ARQUEOLOGÍA, ANTROPOLOGÍA E HISTORIA

Serie Arqueología

Olmecas y mayas en Tabasco. Cinco acercamientos, Lorenzo Ochoa, Maricela Ayala Falcón, Marcia Castro-Leal, Ernesto Vargas Pacheco y Otto Schumann (Primera reimpresión)

Serie Antropología

Chontales de Centla. El impacto del proceso de modernización, Carlos Inchaustegui

El chontal de Tucta, Benjamín Pérez González

Serie Historia

El Tabasco porfiriano, Marcela Tostado

COLECCIÓN GUÍAS

Guía arqueológica del Parque-Museo de La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal

Archeological Guide of the Park-Museum of La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal

Archäologischer führer Museumspark La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal

Guide Archéologique du Parc-Musée de La Venta, Lorenzo Ochoa y Marcia Castro-Leal

Guía botánica del Parque-Museo de La Venta, Silvia Capello García y Ángel Alderete Chávez

AUTORES TABASQUEÑOS CONTEMPORÁNEOS

Trilogía de sombras (1972-1983), Ciprián Cabrera Jasso

Sin lugar a dudas, Teodosio García Ruiz

Retratística de muertos, Efraín Gutiérrez

Cuaderno de Notas, Ramón Bolívar

SERIE CUADERNOS

La cultura olmeca, Laura Sotelo

El habla de los pueblos, Evangelina Arana de Swadesh

La cultura maya, Laura Sotelo

Los antiguos habitantes de Tabasco, Benjamín Pérez González

COLECCIÓN ARTE

Fontanelly Vázquez: recuerdos en claroscuro, Ramón Bolívar y Leticia Ocharán

Miguel Ángel Gómez Ventura. Diálogo con la naturaleza, Bertha Ferrer

José Francisco: la pintura de lo inasible, Juan García Ponce y Lelia Driben

Férido Castillo: el grabado como expresión popular, Bartolo Jiménez Méndez

PUBLICACIONES ESPECIALES

Tabasco: una cultura del agua, Álvaro Ruiz Abreu

La Casa de los Azulejos, Francisco Badillo Ramírez

Muestras de la flora de Tabasco, Elvia Esparza, Ángeles Guadarrama, Gonzalo Ortiz y Ofelia Castillo

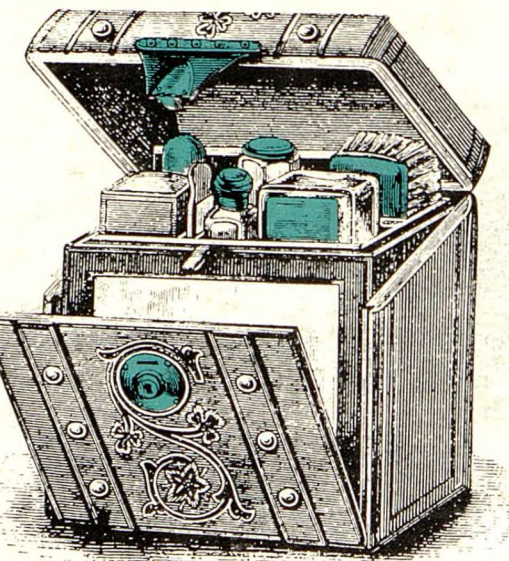
**Autores
Tabasqueños
Contemporáneos**

Títulos

- | | |
|----|--|
| 1 | Trilogía de sombras
(1972-1983)
<i>Ciprián Cabrera Jasso</i> |
| 2 | Sin lugar a dudas
<i>Teodosio García Ruíz</i> |
| 3 | Retratística de muertos
<i>Efraín Gutiérrez</i> |
| 4 | Cuaderno de notas
<i>Ramón Bolívar</i> |
| 5 | Poemario
<i>Auldárico Hernández</i>
<i>Gerónimo</i> |
| 6 | Amarillo brillante
<i>Julia Calzada</i> |
| 7 | Advertencias amorales al
lector y cierto tipo de
cuentos sumamente
inocentes
<i>Mario De Lille</i> |
| 8 | Entre la luz de la luna y el
retrato
<i>Ciprián Cabrera Jasso</i> |
| 9 | La caja y otros cuentos
<i>José Darío Gutiérrez Carrillo</i> |
| 10 | Rueda de tiempo
<i>Rosario María Rodríguez</i> |
| 11 | Tiempos oscuros
<i>María Teresa Priego</i> |

Autores
Tabasqueños
Contemporáneos

La caja y otros cuentos



NT: 137297